

colección cuadernos educativos

Flores 200 años. Barrio y Cementerio



MINISTERIO DE CULTURA

Jefe de Gobierno

Lic. Jorge Telerman

Ministra de Cultura

Arq. Silvia Fajre

Subsecretaria de Patrimonio Cultural

Arq. María de las Nieves Arias Incollá

Subsecretario de Gestión Cultural

Roberto Francisco Di Lorenzo

**Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires**

Lic. Leticia Maronese

Flores 200 años. Barrio y Cementerio



Comisión para la Preservación
del Patrimonio Histórico Cultural
de la Ciudad de Buenos Aires

Coordinación y compilación: Leticia Maronese

Textos: Leonel Contreras

Leticia Maronese

Cristina Falcón

Mercedes Falcón

Fotografía: Darío Calderón

Leonel Contreras

Francisco Uribe Uribe

Foto de tapa: Darío Calderón

Diseño Gráfico: Débora Kapustiansky, Panoptique

Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires
Flores 200 años. Barrio y Cementerio - 1a ed. - Buenos Aires : Ministerio de Cultura
- Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2006.
96 p.; 24x17 cm.

ISBN 987-22276-6-7

1. Patrimonio Cultural-Preservación Histórica. I. Título
CDD 363.69

Fecha de catalogación: 10/10/2006

© Copyright 2006 by Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires

Todos los derechos reservados

ISBN-10: 987-22276-6-7

ISBN-13: 978-987-22276-6-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico, mecánico u oralmente, incluyendo los sistemas fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos, sin expreso consentimiento del autor.



**Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires**

Secretaría General

Lic. Leticia Maronese

Secretaría de Investigaciones Históricas

Lic. Liliana Barela

Secretaría de Investigaciones Museológicas

Lic. Ana María Cousillas

Secretario de Preservación y Conservación

Arq. José María Peña

Secretario de Relaciones Institucionales

Prof. Cesar Fioravanti

Funcionaria Coordinadora

Lic. María Rosa Jurado

Vocales

Arq. Néstor Zakim

Prof. Julián Kopecek

Lic. Lidia Mirta Dos Reis

Lic. Liliana Mazettelle

Arq. Jorge Mallo

Cons. Alberto Orsetti

Mus. María Teresa Dondo

Índice

Prólogo de la Lic. Leticia Maronese, CPPHC 9

Parte Primera

200 Años – Del Paraje-curato al Barrio-comuna

Lic. Leticia Maronese..... 11

Parte Segunda

Breve Historia del Barrio de Flores

Lic. Leonel Contreras 23

Parte Tercera

Entierros y Enterratorios en la Ciudad de Buenos Aires

Lic. Leonel Contreras 41

Parte Cuarta

Cementerio de Flores

Lic. Leonel Contreras

1. Consideraciones generales 53

2. Los primeros cementerios de Flores 55

3. Los judíos en el Cementerio de Flores 57

4. La necrópolis actual.....	58
4.1. Peristilo.....	60
4.2. Sector de bóvedas	61
Familia Flores	62
Juan F. Aranguren	63
Familia Cambiasso	64
Rómulo Carbia	65
Martín Farías	66
Juan Guereño	67
Juan Nepomuceno Márquez	68
José Antonio Melián	69
Agustín Méndez	70
Domingo Mercante	71
Francisco Santojanni	72
Familia de Antonio Terrero	73
Panteones	74
4.3. Nichos	77
Gran Panteón	78
Gabino Ezeiza	79
4.4. Sepulturas de Tierra	80
Edelmiro R. Franco	81
5. El fútbol como elemento identitario aún después de la muerte	82
6. Cosmovisión y ritualidad andina	84
Parte Quinta	
A modo de epílogo: Flores y su cementerio Prof. Cristina Falcón y Dra. Mercedes Falcón	87
Bibliografía	94

Prólogo

Lic. Leticia Maronese
Secretaria General de la C.P.H.C.

Para el barrio de Flores, el 2006 tuvo características especiales: se cumplieron 200 años del establecimiento de su Curato, y la recordación de ese día, un 29 de mayo, fue elegida como fecha de celebración anual del “Día del Barrio”.

A dicha conmemoración concurrieron diversas instituciones y también áreas del Gobierno de la Ciudad, que se comprometieron a realizar aportes desde su labor y competencias.

La Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural cumple -a través de este libro- con su compromiso de edición de una publicación sobre su cementerio, que es actualmente uno de los tres grandes enterratorios que existen en la Ciudad.

Este cementerio no es el primero de Flores, sino el tercero, creado en 1867 fuera de la Ciudad de Buenos Aires, en el Partido de San José de Flores, en una época en que las epidemias hacían estragos en la Provincia, y tiene características especiales. Allí fueron sepultados los primeros judíos con permiso de ser inhumados en un cementerio público, están enterrados los fundadores de Flores y otros habitantes del antiguo pueblo -que dieron origen a barrios actuales debido a las grandes dimensiones de sus propiedades-, el payador Gabino Ezeiza, etc. En la actualidad muestra también la diversidad cultural a través de la realización en su predio de los cultos

mortuorios andinos.

Pero este libro no es sólo sobre su cementerio. En realidad, muestra la articulación constante que se da siempre entre las ciudades de los vivos y las de los muertos. Por eso es importante la visión que entrega del paraje que fue de la “campiña” proveedora de alimentos para Buenos Aires casi desde su misma fundación, su visión más reciente de lugar de recreación y veraneo de familias porteñas y -mucho más reciente- como barrio importante de la Ciudad.

También se habla de su importante “camino a los reinos de arriba”, la Avenida Rivadavia, camino que transitó el primer ferrocarril, el primer tranvía, el primer subte y el primer colectivo.

Flores, luego demorada en estos avances desde la segunda mitad del siglo XX, verá en los albores del XXI llegar el subte al barrio, y nada menos que con tres paradas.

Parte Primera:
200 años – del Paraje-curato
al Barrio-comuna

LIC. LETICIA MARONESE

El por qué de esta publicación

La CPPHC consideró necesario participar del “Bicentenario de Flores” y lo hizo con la publicación de este trabajo sobre sus cementerios y enmarcándolos en el contexto de la creación del pueblo y su posterior evolución hasta el barrio de hoy. Subyace en esta decisión la creencia de que “la ciudad de los vivos” y la “ciudad de los muertos” están imbricadas en el mismo contexto sociocultural y que se reflejan recíprocamente.

En los pasos liminares de la elaboración de este material gráfico surgieron preguntas que, a lo largo de la redacción, fueron encontrando sus respuestas: en el contexto actual de límites permeables entre los barrios, ¿el Cementerio refleja a Flores?, más aún, ¿desde cuándo Flores es barrio?, ¿es posible hablar de barrios –con la idea que hoy tenemos de “barrio”- más allá de 80 o 90 años atrás? y, finalmente, ¿200 años de qué?

Al contrario de lo que ocurre con Buenos Aires y otras ciudades, los barrios no suelen tener “creación oficial”. Por eso no hay **“cumpleaños del barrio de...”** o **“años del barrio de...”**¹. No hay pero, aunque parezca contradictorio, **sí los hay**.

Con los barrios porteños ocurrió lo mismo que, en el Siglo XIX, pasó con los nacientes estados nacionales: la creación de conmemoraciones y efemérides; la manía por lo particular; el pequeño ámbito; el lugar referencial, etc., se han multiplicado en esta época globalizada y de desarticulación de los Estados nacionales.

1. No obstante esto, el barrio de Saavedra tiene el privilegio de contar con un Acta de Fundación oficial.

Si bien siempre existieron espacios mínimos y diferenciados en las ciudades con alguna importancia, **nunca como ahora se han envuelto de significados particulares y simbología específica** esos recortes territoriales. Surgen así las conmemoraciones del “**Día del barrio**” y emblemas distintivos que inducen a la creación de un “**mito de origen**” o rituales identitarios levantados por algunas instituciones que, además, se legitiman a sí mismas con este proceso.

Es así que esta memoria “inventada” es más una “memoria de instituciones locales” que una “memoria colectiva”. Aunque se den referencias colectivas en zonas de la ciudad, éstas no se limitan a las fronteras que impuso una Ordenanza y que, sobre todo, solamente pervive en el plano-papel.²

Las divisiones obedecen también a los intereses políticos de quienes buscan legitimarse “a través de la gente”, esto es, a través de instituciones locales: barrio, consejo vecinal, centro de gestión y participación o comuna. Liliana Barela brinda un panorama histórico de este proceso durante el período dictatorial de 1966/73, cuando a los militares se les ocurrió cristalizar nombres y límites barriales a través de normas legales.³

Fue por eso que los barrios, construcción simbólica por excelencia y por eso mismo de naturaleza sociocultural, pasaron a tener fronteras ¡en una ciudad extendida sobre una llanura y sin accidentes topográficos!

Del Curato-paraje al barrio

Los “200 años del barrio de Flores”, son el aniversario del establecimiento del Curato de San José de Flores en un momento en que la zona sólo era un apeadero en la larga ruta “**a los reinos de arriba**” o a las más cercanas Luján o Mendoza. Era el descanso obligado después de salir de la ciudad de Buenos Aires, Capital del Virreinato del Río de la Plata, por la “**Via Apia Rivadavia**”, como denominaba a ese camino casi intransitable (pero el mejor para salir hacia la rica y demandante Potosí) Ezequiel Martínez Estrada.

2. Encontrar estas referencias colectivas de pertenencias es muy fácil, basta mirar –por ejemplo– grafitis y pintadas.

3. Barela, Liliana y Saburgo, Mario, Buenos Aires. El libro del barrio. Conceptos y definiciones. Buenos Aires, GCABA, 2004, Pags. 16/18

Era el paraje “de Flores”, aunque también podría haber sido “de Millán”. Tenía un lugar reservado para una plaza, un templo y un cementerio, y algunos ranchos de adobe y paja.



Iglesia de San José de Flores

La primera noticia institucional de la existencia del “partido” es del 11 de junio de 1811 en las Actas del Extinguido Cabildo de Buenos Aires.⁴ En esos escritos aparece registrada la presencia del Alcalde electo del “Cuartel del Partido de San José de Flores”, Don Antonio Millán. Por esa época lo habitaban casi 1.000 habitantes, era un partido mucho más extenso que el barrio actual y todavía más extenso que aquel de mediados del Siglo XIX cuando se creó el Partido de Belgrano.

En aquellos años, un viajero inglés, J. A. B. Beaumont, lo encuentra similar a cualquier pueblo de la América Española -incluyendo a Buenos Aires- **“con construcciones de un solo piso, con rejas en las ventanas y azoteas... (...)... el paso continuo de los viajeros y mercancías hace el camino en extremo desagradable”.**⁵

Flores (pago-pueblo-curato-partido-cuartel) fue tocado por la varita mágica del progreso, medido éste en términos de accesibilidad y medios de comunicación: por la **Via Apia Rivadavia** llegaron, con el transcurso de los años, el tren, el tranvía, el subte y el colectivo. En 1857 –según Hugo Corradi- cuando llegó el ferrocarril, el centro de Flores lo constituían los alrededores de la plaza, con la estación y el templo. Había tres o cuatro cuadras comerciales **“con algunas fondas, casas de ramos generales, talabarterías, herrerías y dos o tres boticas”.**⁶ El subte, aún cuando terminaba su recorrido en Primera Junta, también consolidó a Flores.

Vale la pena subrayar que la densidad dentro del partido era bastante baja y desigual según las zonas. Hacia el norte -por el camino de Gaona o Gaona (actual Avenida Gaona) hacia Buenos Aires- había más casas, en tanto que el sur estaba más despoblado. Hacia el Riachuelo, más allá de la barranca natural, ocupantes precarios de tierras sin dueño, construían como podían su lugar en el mundo.

El sur fue elegido para la instalación de los cementerios⁷. Primero, el que fue el segundo Cementerio de Flores, ubicado en Varela, Remedios, Culpina y Tandil, en el lugar donde en la actualidad hay un corralón municipal. Dice Hugo Corradi que hacia el sur de Flores **“se podía visitar uno de los parajes más pintorescos de entonces: las barrancas que bordeaban los bañados del pueblo. Tomando el rumbo de la actual calle Varela se entraba en zona**

4. Corradi, Hugo, “Guía Antigua del Oeste Porteño”, Buenos Aires, MCBA, 1969.

5. Mencionado por Corradi, Hugo, (obra citada, pag. 38).

6. Corradi, Hugo (obra citada, pag. 38)

7. Excluimos aquí la referencia al obligado camposanto aledaño a la iglesia, que, obviamente, fue el primero de ellos.

de quintas, donde continuaba como el Camino del Cementerio, apacible ruta de tierra, utilizada tanto por quienes se dirigían al campo-santo, o a las chacras que atravesaba, como por grupos de cazadores o excursionistas que recorrían las lagunas y arroyuelos del bañado.”⁸

Flores era también un centro de abastecimiento de la Ciudad: la proveía de verduras, carne y leche, como antaño lo había hecho de trigo.⁹

Para muchos, Flores era todavía “el desierto”. Tal vez por eso, Domingo Faustino Sarmiento sintió como un deber domar ese desierto desde los lomos de un tranvía y así fue como “... en 1871 se habilitó la línea desde la Plaza de la Victoria (Plaza de Mayo) al pueblo de San José de Flores, con una caravana de treinta coches. En uno de ellos, suntuosamente alfombrado y engalanado, iba el Presidente de la República, Domingo Faustino Sarmiento. (...) ‘el tranguay’, como lo llamaron los porteños, ayudó al éxodo hacia las afueras de la ciudad tradicional y fue un agente importante de cambio en la re zonificación habitacional de Buenos Aires.”¹⁰ Pocos años después, en 1897, empezó a circular el primer tranvía eléctrico.

Para Ezequiel Martínez Estrada, Flores todavía pertenecía a la pampa bien entrado el Siglo XX. Para él, la Ciudad terminaba en la avenida Boedo por el oeste, y en la avenida Pueyrredón hacia el norte, cuando describe de una manera particular los límites de Buenos Aires: “También podemos decir que Buenos Aires tiene por confines el Río de la Plata al este, el Riachuelo al sur, la pampa al oeste y el Virreinato al norte. Dos lados de agua, uno de pasado y otro de porvenir. (...) Los ejes imaginarios que dividen vertical y horizontalmente la ciudad en el plano, son la Avenida de Mayo y Via Appia Rivadavia; Boedo en la sección sur y Pueyrredón en la norte. (...) Política y económicamente, los límites de Buenos Aires son: un pasado de siglos, al norte; la pampa, los cereales y las haciendas, al oeste y al sur; Europa, al este. Uno de los lados de Buenos Aires no es el Río de la Plata sino Europa.”¹¹

8. Corradi, Hugo (obra citada, pag. 40)

9. Para el que quiera ampliar este tema se puede consultar una excelente publicación de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Ciriberto, Valeria: Aspectos sociodemográficos del crecimiento periurbano. San José de Flores (1815-1869). Mar del Plata, Departamento de Servicios Gráficos, 2004.

10. Braun, Clara y Cacciatore, Julio. “El imaginario interior: el intendente Alvear y sus herederos. Metamorfosis y Modernidad Urbana” en Buenos Aires, 1880-1930. La capital de un imperio imaginario, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pag. 63.

11. Martínez Estrada, Ezequiel. La cabeza de Goliat. Editorial Losada, 2001, Pags. 79/80.



Carabobo al sur en 1930

El Río de la Plata, que en tiempos lejanos había recibido a los negros secuestrados en África, abría todavía más su ancha desembocadura para recibir grandes contingentes de inmigrantes que se fueron sumando a los migrantes internos y a los de países limítrofes para incrementar la población porteña en general y la del Partido de Flores en particular. “El crecimiento

hacia el oeste englobó a Flores, otro pueblo independiente y lugar de veraneo distinguido, y lo transformó en foco comercial importante. (...) El oeste, bien servido desde 1913 por el primer Ferrocarril del Oeste, cuadruplicó su población entre 1904 y 1914 (de 106.000 a 456.000 habitantes). La población total de la ciudad había crecido entre tanto de 951.000 a 1.575.000.”¹²



Carabobo y Ramón Falcón en 1930

En 1928, un grupo de propietarios de taxis, resolvió comenzar con un recorrido fijo y permanente para transportar varios pasajeros en un solo viaje. “El nuevo servicio se ofreció a veces también ostentando un cartelito que decía: Línea 1 Lacarra-Rivadavia-Primera Junta; ¡Habían nacido los colectivos en Buenos Aires! Sus pasajeros pagaban el doble que en el subterráneo, pero se daban el lujo de desplazarse en automóvil. (...) Los colectivos, librados de la rigidez de los rieles (tranvías y trenes), se internaron en zonas no cubiertas por otros servicios de transporte público y, así como antaño ‘el tranguay’ había abierto el camino a los barrios... se convirtió en el aladid del desplazamiento de la población hacia la periferia.”¹³ Al principio llevaban sólo siete pasajeros, y las mujeres se

12. Braun, Clara y Cacciatore, Julio (Ob. Cit. pag. 44)

13. Braun, Clara y Cacciatore, Julio (Ob. cit. pags 66/67)

mostraban un tanto recelosas de compartir el espacio con desconocidos hasta que, posteriormente, se lanzaron, por algún tiempo, servicios exclusivos para ellas. El colectivo no sólo desplazó población, sino que articuló barrios entre sí, instalando rutas transversales a las habituales “del centro a los barrios” y viceversa. Su incremento y la aparición de nuevos recorridos, son una muestra adecuada de la densidad de la población y del surgimiento de nuevos barrios que, a partir de los años 30, se fueron consolidando.

Al igual que Congreso, Almagro o Caballito, Flores fue creciendo como un típico barrio de clase media, aunque guardando algunas áreas para sus sectores más altos. Aparecieron además los espacios comerciales y de servicios.

La clase media se inclinó primero por las casas (o casonas, entre los grupos prominentes) y lentamente fue virando después hacia la propiedad horizontal.

En mirada ácida sobre los usos y costumbres de esa clase media, Juan José Sebreli decía: “Una larga franja que cruza la ciudad por el medio – parroquias de Flores, San Carlos, San Cristóbal, Balvanera, Concepción, Monserrat y San Bernardo – constituye una frontera entre el Norte oligárquico y el Surobrero. El individualismo característico de la clase media constituyó, durante mucho tiempo, un obstáculo mental para la aceptación del departamento, profiriéndose las viejas casonas, incómodas e inadecuadas a las necesidades modernas. Fue necesario que la alta burguesía impusiera la casa de pisos, para que la clase media, como es habitual, fuera a la zaga. Surge así el departamento pequeño burgués: frentes fastuosos y fondos tristes y sombríos para una clase que vive de las apariencias.”¹⁴

Cristina y Mercedes Falcón, apelando al “Ángel Gris” de Alejandro Dolina, también registran de esa manera el Cementerio de Flores, el tercero y el actual, sobre el cual Leonel Conteras nos da una mirada bien amplia. Sería este Cementerio el reflejo de los sectores medios de la Ciudad. El Cementerio cuidado, prolijo, con tumbas parecidas, con el pasto parejo, cortado de manera similar, y con sus homenajes a los héroes civiles y prototipos de la antigua clase media gringa: el maestro, el médico, el historiador.

En los últimos años aparecen por Flores nuevos sectores migrantes que son, en definitiva, los de siempre, pero que se hacen notar más por la ausencia de nueva radicación europea. Traen con ellos una cultura que

14. Sebreli, Juan José, “El hábitat de las burguesías y la clase media” en Buenos Aires, 1880-1930. La capital de un imperio imaginario, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pag. 225.

muestran sin temor, incluyendo los viejos ritos mortuorios andinos, que comparten con no pocos argentinos jujeños y salteños. Son rituales a medio camino entre el culto indígena a los muertos y el culto católico, en un sincretismo que continúa hasta nuestros días y que los sacerdotes no han podido “purificar”.

Como no podía ser de otra manera, Flores es también escenario del “aguante” barrial, el de los antagonismos de sus hinchadas futboleras ¹⁵, el de las bandas de rock compitiendo y “aguantando” a sus referentes identitarios en boliches y lugares de la noche.

En algún momento de la primera mitad del Siglo XX, Flores –ya completamente barrio- comenzó a declinar en comparación con la zona norte; Belgrano –el hijo desmembrado- le fue ganando con mejores comunicaciones, más riqueza y servicios.

En realidad, Flores siempre escapó a la “Buenos Aires europea”, característica que definió a una Ciudad opulenta que copió a París en algún momento y que hoy languidece en la nostalgia de oropeles perdidos tras el lento proceso de **norteamericanización** de nuestra sociedad a partir de los años 60. Por eso en la actualidad, Flores no posee los lujosos shoppings de Palermo o Barrio Norte y, como el resto de la ciudad, se ha **latinoamericanizado**.

Flores-barrio, espera su revancha. El subte traspuso su terminal de más de 90 años en Primera Junta y acumulará tres nuevas estaciones: Carabobo-Boyacá, Flores y San Pedrito-Nazca. Tal como afirmaba Scoobie, **“los medios de comunicación no hacen los barrios”**, pero sí los mejoran. Para algunos nostálgicos de las calles tranquilas y las casas bajas –algunas quedan todavía- tal vez no sea una buena noticia, pero para otros, vinculados con los negocios inmobiliarios, la llegada del subte sí lo es.

La “Plaza Flores”, ubicada desde siempre en el mismo lugar, tiene un problema de identidad: así la llaman propios y extraños, pero su nombre institucional es “Plaza General Pueyrredón. Una vez más, queda en evidencia la mala costumbre de pensar la nomenclatura como homenaje y no como toponimia, en función del vecino.

En los últimos años la plaza fue mejorada y algunos trabajos de arqueología permitieron recuperar pequeños testimonios de la vida cotidiana de quienes la frecuentaron y que, en la actualidad, pueden verse en vitrinas

15. Flores no tiene club con cancha de fútbol, lo que en nuestra ciudad no es frecuente. Como recibe siempre la visita de habitantes de barrios vecinos, no es extraño que sufra las consecuencias de antagonismos tradicionales, como por ejemplo, el que se da entre All Boys y Nueva Chicago y que hasta se dirime a la salida de los boliches rockeros.

del CGP 7, Avenida Rivadavia 7202.

Esta plaza sigue siendo un lugar de gran movimiento de personas. Por las noches luce muy iluminada, para beneplácito de los vecinos que confían que las luces ahuyenten a las chicas y “chicas dudosas” de hábitos muy nocturnos, que merodean por la estación.



Casa Marcó del Pont, antes de su restauración (1971)

Y enfrentada a la estación, una casona parece desafiar el paso del tiempo. Es la antigua residencia de la familia Marcó del Pont que, rescatada por el Gobierno de la Ciudad, hoy es un centro cultural.

Seguramente la “Plaza Flores”, con su ferrocarril y subte, será el ombligo de la Comuna 7 que, al anexar a Parque Chacabuco, tendrá unos 150.000 habitantes y continuará exhibiéndose orgullosa como referencia identitaria y de servicios no sólo del barrio, sino también de sus alrededores.

Parte Segunda: Breve historia del barrio de Flores

LIC. LEONEL CONTRERAS

Existen muchos motivos que derivaron en el surgimiento de los barrios. Podemos nombrar a los loteos y la subdivisión de las antiguas quintas, la llegada del ferrocarril y del tranvía y la creación de parroquias como puntapiés del origen de muchos barrios que hoy conforman la ciudad de Buenos Aires. En el caso de Flores tuvo su origen en un pueblo, el pueblo de San José de Flores.

Este poblado surgió a comienzos del siglo XIX, como una parada casi obligatoria entre el pueblo de Luján y la ciudad de Buenos Aires. Por ese



Av. Rivadavia, antiguo camino del oeste, desde Membrillar al este (1930)

entonces, la Avenida Rivadavia era uno de los caminos principales de salida: partía de la calles de Las Torres (Rivadavia) y luego seguía rumbo al Matadero del Oeste (actual Plaza Miserere), en aquel momento una parada de carretas. En 1663 el Gobernador Martínez de Salazar la estableció como “único y preciso camino para las caravanas que vienen de los Reinos de Arriba”, ya que por allí se iba a Córdoba, Salta, Mendoza y hasta Potosí.

Desde su origen mismo, la ciudad de Buenos Aires estuvo vinculada al sistema mercantilista del Monopolio español. A través de éste se prohibía el comercio con otras potencias, generándose además rutas comerciales con puerto único en la Metrópoli (primero Sevilla, luego Cádiz) y el llamado sistema de “flotas y galeones” que salían dos veces al año de Sevilla a América (Veracruz y Portobelo-Lima) y retornaban permitiendo una rápida salida de la plata del Potosí. La fundación de Buenos Aires tuvo una estrecha relación con la incipiente economía potosina y tucumana, pudiendo sus productores comerciar de manera activa con Brasil y otras potencias. Posteriormente los comerciantes de Sevilla y Lima hicieron pesar sus intereses, debiendo cerrarse el puerto.

En 1776 se creó el Virreinato del Río de la Plata y Buenos Aires fue nombrada Capital. Dos años más tarde la Corona Española dictó el Reglamento de Comercio Libre, por el cual se abrieron una gran cantidad de puertos americanos, entre ellos nuestra ciudad. Fue entonces que comenzó a crecer de una manera inusitada: sucursales de las grandes casas comerciales españolas se establecieron en ella y las exportaciones de cueros de la campaña se multiplicaron por diez en diez años. La población porteña aumentó de 12.044 habitantes en 1744 a 44.371 en 1810, incremento que incluía una importante migración de hombres y mujeres de otras regiones del interior del Virreinato.

Durante las primeras décadas del siglo XIX, la ciudad de Buenos Aires creció hacia el oeste, sector de acceso (Av. Rivadavia) y lugar dónde se encontraban los mataderos, luego mercado de frutos (Plaza Miserere). En el oeste también (Pago de La Matanza) se habían establecido las primeras quintas y chacras productoras de cereales, frutos y hortalizas. Es en este contexto que irrumpe en el escenario de la campaña porteña el pueblo de Flores, originalmente punto de concentración de una producción proveniente de distintos puntos.

El nombre “Flores” tiene su origen en el antiguo dueño de las tierras que hoy forman parte del barrio. Juan Diego Flores había adquirido una

chacra casi en ruinas y con su trabajo personal le introdujo variantes importantísimas; de hecho a fines del siglo XVIII era uno de los grandes latifundios de la zona. Sin embargo, Flores entendió que debía ser parcelada y tiempo antes de que le llegara la muerte vendió algunas fracciones e incluso cedió hectáreas al administrador Antonio Millán. Murió en 1801, ya octogenario.

A la muerte de Juan Diego Flores, la propiedad fue heredada por su esposa, Antonia Fuentes y su hijo adoptivo, Ramón Francisco Flores. La decisión de Ramón fue entonces la de vender las tierras y fundar allí un pueblo aprovechando el centro de la propiedad que era atravesado por el Camino Real del Oeste, cada vez más transitado. El encargado de diseñar y trazar las nuevas propiedades fue Millán, el antiguo administrador de las tierras. El pueblo llevaría el nombre de Flores como un homenaje de Ramón a Juan Diego, quien le había dado un apellido. Algunas casas dispersas se establecieron entonces sobre el Camino del Oeste, sin mediar ningún acto de fundación.

Millán sumó tierras de Quirno al norte y de los sucesores de Isidro Lorea al sur, limitando de esa manera la planta del pueblo a las actuales calles Aranguren (al norte), Lautaro-Fray Luis Beltrán (al este), Directorio (al sur) y San Pedrito-Nazca (al oeste). Dentro de ese perímetro destinó una manzana para iglesia, otra para plaza principal (lo que hoy es la Plaza Pueyrredón y que en su origen fue tan solo una simple parada de carretas) y una tercera para corrales de abasto y matadero.

Hacia 1804 el pueblo ya era conocido en la zona con el nombre de “Flores”. Fue entonces que haciendo manifestación de la falta de asistencia religiosa de los pobladores de la campaña del Pago de la Matanza, el Obispo Lué y Riega solicitó al Virrey Sobremonte la erección de una parroquia en el lugar. Ésta sería finalmente puesta con el nombre de “San José”, aunque como la zona era llamada “Flores”, se consagró oficialmente el nombre del curato de “San José de Flores”. El mismo fue creado oficialmente en el auto ereccional del 31 de mayo de 1806, fecha que actualmente se reconoce como “Día del Barrio de Flores”. Limitaba al este con las calles Boedo-Bulnes, al oeste con la zona de Los Tapias y Monte Castro y al norte con las tierras de la Chacarita de los Colegiales.

La construcción de la primera iglesia de San José de Flores comenzó en noviembre de 1806, cuando los vecinos empezaron a levantar una capilla sobre la actual calle Rivera Indarte, en la misma manzana dónde se halla

la actual iglesia y que había sido destinada para ese fin. El primer párroco que se hizo cargo de curato fue Miguel García en el año 1808. Antes había funcionado con sede provisoria en el oratorio público de Pablo Ruíz de Gaona, en las cercanías del Parque Centenario.



Iglesia antigua (1831-1879)

Posteriormente en 1830, Martín Boneo, por ese entonces nuevo párroco de San José de Flores, decidió dedicar sus esfuerzos a la edificación de una nueva iglesia con frente a la Avenida Rivadavia. La construcción de este templo fue obra del ingeniero español Felipe Senillosa, inaugurándose el 11 de diciembre de 1831. Tenía un largo de 36 metros por 15 de ancho y un alto de 8. Un pórtico de seis columnas y dos torres le daban un marco de gran belleza al conjunto. Fue un modelo para todas las iglesias de la campaña. La consagró el Obispo Mariano Medrano, en tanto que la primera misa fue cantada por José María Terrero, contando con la presencia del Gobernador Juan Manuel de Rosas. Los callejones Salala y Pescadores, que hoy podemos ver a los costados de la iglesia, fueron abiertos por Pedro Roberts con el objeto de aumentar el precio de las propiedades vecinas.

Con respecto a la creación del Partido de San José de Flores no existe

ninguna declaración en particular. Sus límites fueron prácticamente similares a los de la parroquia. Las primeras menciones al mismo datan del año 1810, en los Acuerdos del Cabildo, cuando se designan los alcaldes de hermandad para 1811 y se lo menciona como Partido de Flores. Su jurisdicción hacia el oeste terminaba donde hoy se halla la Estación “Ciudadela” del Ferrocarril.

Aunque el despegue de San José de Flores no fue meteórico (casi 1000 habitantes en 1815), el pueblo se fue configurando desde un primer momento como un núcleo de producción cerealero y frutihortícola, por la necesidad de abastecer a una ciudad como Buenos Aires que crecía a un ritmo impresionante. Su colonización fue parte de un proceso de integración productiva, mercantil, sociodemográfica y espacial, convirtiéndose en uno de los suburbios de la ciudad que alcanzó mayor dinámica. De hecho entre 1815 y 1854, creció de manera similar y quizás superior a la de la campaña que lo circundaba.

Hacia 1810 la zona norte de Flores mantenía todavía las grandes quintas. En el sur sin embargo, comenzaban a surgir otras pequeñas de forma irregular producto de la parcelación de las antiguas chacras coloniales. A partir de este momento, quinteros y labradores comenzaron a adquirir los terrenos cercanos al Camino Real pagando un promedio de treinta pesos de plata por los más pequeños. Otros, pasaron a ocupar y a explotar tierras del Estado o de propietarios ausentistas sin derecho legal alguno. Como los terrenos laterales a los cursos de agua eran considerados “realengos” por las antiguas Leyes de Indias, también había grupos importantes que se habían ido asentando en el bañado situado al sur del pueblo (lo que hoy es el Bajo Flores). A todo esto habrá que sumarles una importante migración del interior (Córdoba, Santiago del Estero), de hombres atraídos por la expansiva economía del Río de la Plata o bien que huían de las “levas” compulsivas para servir a los ejércitos.

En tiempos de la Confederación Argentina, San José de Flores fue uno de los partidos más adictos al Gobernador Juan Manuel de Rosas. Entre otras cosas, fue en la iglesia de Flores dónde se realizó el primer funeral de cuerpo presente del General Juan Facundo Quiroga; de hecho, durante un tiempo el Camino de Flores llevó el nombre de “Camino del General Quiroga”. Era común que en Flores ocurrieran colectas y donaciones que luego servían para ayudar al gobierno en su lucha contra los enemigos extranjeros. En tiempos de Rosas, el pueblo (que por ese entonces tenía unos

4000 habitantes) tuvo una protección especial y muchas quintas unitarias fueron embargadas.

Tras la derrota de Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros (1852), muchas propiedades de Flores fueron asaltadas. Luego de la revolución secesionista porteña del 11 septiembre de 1852, el coronel rosista Hilario Lagos puso en sitio a Buenos Aires, estableciendo su cuartel en la zona de Flores en la chacra de Olivera (actual Parque Avellaneda). El ejército sitiador comenzó a publicar un diario, el primero editado en Flores: **El Federal Argentino**, que vio la luz el 20 de febrero de 1853. Posteriormente, Lagos se contactó con Justo José de Urquiza, decidiendo convocar a una Convención Constituyente en Flores para discutir la Constitución Nacional dictada el 1° de mayo de 1853, que Buenos Aires no había reconocido. La Convención de Flores funcionó en la casa de Justa Visillac de Rodríguez en la esquina de Rivadavia y Bolivia. Sin embargo, Lagos sería traicionado por la Armada y por sus tropas, debiendo finalizar las hostilidades el día 12 de julio. Urquiza, que residía en la quinta Unzué (Rivadavia entre Pumahcagua y Carabobo), debió regresar a su provincia natal y muchos antiguos propietarios pudieron retornar a las quintas cercanas al pueblo.

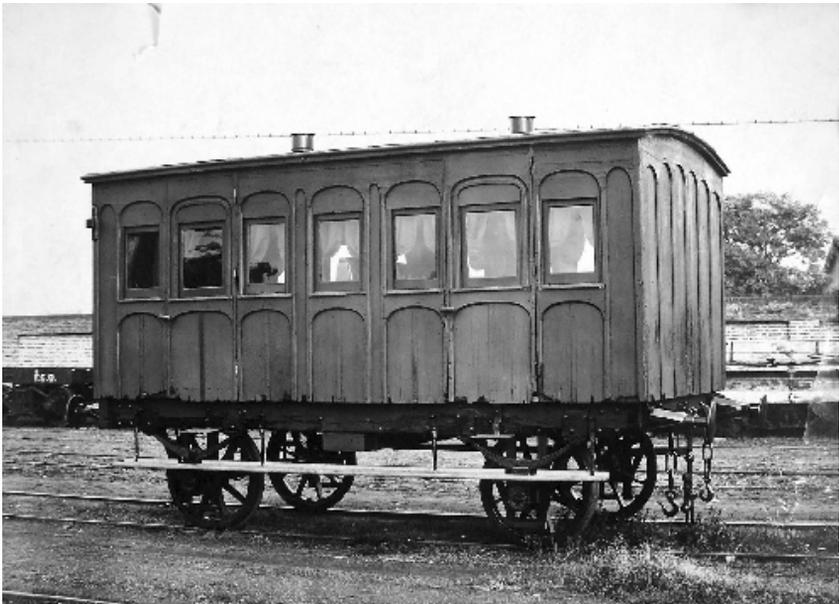
Después de la batalla de Caseros, San José de Flores continuó creciendo. En 1853 fueron trazadas para el pueblo cuatro avenidas de circunvalación que hoy son la Av. Directorio (al sur), San Pedrito-Nazca (al oeste), Avellaneda (al norte) y Carabobo-Boyacá (al este). La actual avenida Juan B. Alberdi, que era el camino que iba a Cañuelas, también ganó en importancia y fue conocida como “Segundo Camino de Flores”.

En las décadas siguientes, algunas de las principales familias porteñas levantaron allí sus quintas a la usanza de las que tenían en torno a la Calle Larga de Barracas (hoy A. Montes de Oca). El pueblo tuvo así sectores con la impronta de una villa veraniega y era entonces, al despuntar los primeros calores del verano, que las familias aristocráticas comenzaban el largo viaje por el Camino del Oeste hacia su destino final: Flores. Este viaje, por caminos sin ninguna mejora, pavimento o drenaje, con el clima lluvioso y húmedo de Buenos Aires, era toda una travesía de aventura que incluso el lodo podía malograr.

La crisis entre Buenos Aires y la Confederación Argentina llegó a un pico máximo en el año 1859. Ambos ejércitos terminaron enfrentándose en la batalla de Cepeda el 23 de octubre. Allí las tropas porteñas, conducidas por Bartolomé Mitre fueron derrotadas por Justo José de Urquiza. Tras el

triunfo, éste marchó hacia Buenos Aires estableciendo su cuartel general en el pueblo de Flores, esta vez en la casa quinta de Inés Indart de Dorrego, que se encontraba en la esquina de Rivadavia y Gavilán. Posteriormente, el 11 de noviembre, Buenos Aires debió firmar el Pacto de San José de Flores o de Unidad Nacional, por el que se comprometía a ingresar en la Confederación aunque poniendo algunas concesiones. Este pacto se firmó en la quinta de Juan Nepomuceno Terrero, también en el pueblo de Flores.

Antes, en febrero de 1854 la Sociedad Anónima del Camino de Fierro del Oeste se había adjudicado la concesión del primer ferrocarril argentino. Este debía ser construido siguiendo la ruta del antiguo Camino Real del Oeste, teniendo que llegar hasta el pueblo de Flores. Fue inaugurado el 29 de agosto de 1857 con grandes festejos populares. La estación cabecera se ubicó donde hoy está el Teatro Colón (Estación del Parque), siguiendo luego el convoy su rumbo por las calles Lavalle, E. Santos Discépolo, Corrientes y Pueyrredón hasta la Estación 11 de Septiembre. Posteriormente, continuaba el curso actual del FC Sarmiento con un recorrido de 10 km. hasta la estación “Floresta”.



FC del Oeste – Primer vagón de pasajeros

En unos diez años, el ferrocarril reemplazó por completo a las antiguas

y pesadas carretas. El viaje de Buenos Aires a Flores, que otrora tardaba unas seis horas, pudo completarse en tan solo una hora. A pesar de que en un primer momento la frecuencia del servicio era bastante escasa, fueron construidas cinco estaciones en el Partido (Almagro, Caballito, Flores, Floresta y Liniers). La estación “Flores” se encontraba en la intersección de la calle Caracas hasta el año 1863, cuando la Municipalidad solicitó su traslado dos cuadras más al oeste.

A mediados de la década de 1850 el Partido de San José de Flores sufriría una reducción. Ocurrió que en 1855 varios propietarios que vivían al norte de dicha jurisdicción solicitaron al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires la creación de un nuevo pueblo, ya que se les hacía muy dificultoso realizar los trámites administrativos en la parroquia de la Av. Rivadavia. El Gobernador Pastor Obligado fue quién se encargó de implementar dicha medida fundando un nuevo pueblo con centro en el Camino de San Isidro (actual Av. Cabildo). Este sería luego el Pueblo (hoy barrio) de Belgrano. El Partido homónimo se creó el 3 de diciembre de 1856 con parte de los Partidos de San José de Flores y San Isidro.

Al convertirse San José de Flores en una pequeña villa veraniega, fue que los habitantes solicitaron a la Municipalidad la creación de un club, que finalmente quedaría fundado el 9 de mayo de 1867 con el nombre de “Club de Flores”. Ese fue el lugar donde muchos vecinos concurrían a jugar al ajedrez, a las damas, al billar o simplemente a leer los diarios de Buenos Aires. Sus fiestas y bailes no pasaron desapercibidos. Una confitería y un restaurante fueron otorgados en concesión.

En 1870 las calles de San José de Flores recibieron nombres. Como curiosidad podemos destacar que una de dichas arterias (Esteban Bonorino) llevaba el nombre de “ferrocarril”. Las calles que corrían de sur a norte (nombradas de este a oeste) fueron: Circunvalación al E (Av. Carabobo – Av. Boyacá), 25 de Mayo (Lautaro), Maipú (Fray Luis Beltrán), Colón (Cama-cuá), San Martín (Granaderos), Ferrocarril (Cnel. Esteban Bonorino), Las Heras (Gavilán), Belgrano (Membrillar), La Paz (Caracas), San José (Rivera Indarte), Constitución (Fray Cayetano Rodríguez), Necochea (Pedernera), Sudamérica (Gral. José G. de Artigas), Libertad (Varela), Independencia (Bolivia), Lamadrid (Culpina), Chacabuco (Condarco), Porvenir (Lafuente), Alsina (Terrada), Circunvalación al O (Av. San Pedrito - Av. Nazca). Las que corrían de este a oeste (nombradas de sur a norte): Circunvalación al S (Av Directorio), 9 de Julio (José Bonifacio), Flores (Av. Juan B. Alberdi),

Unión (Cnel. Ramón L. Falcón), Rivadavia, Buenos Aires (Yerbal), Lavalle (Bacacay), Progreso (Bogotá) y Circunvalación al N (Av. Avellaneda).

El mismo año el “progreso” terminó de llegar a San José de Flores, ya que Mariano Billinghamurst y su hijo Lisandro, obtuvieron la concesión de una línea de tranvías que debía ir desde Plaza de Mayo hasta Flores. Los rieles llegaron al actual barrio de Almagro en enero de 1871, quitándole un gran número de pasajeros al FC del Oeste. Posteriormente, el 1° de noviembre el tramway arribó hasta la Plaza Flores. Era un convoy compuesto por 31 carruajes tirados por caballos. El Gobernador Emilio Castro y el Presidente de la Nación, Domingo F. Sarmiento, se ubicaron en el primer vagón.

La línea de tranvías de los Billinghamurst partía cada una hora desde Plaza de Mayo hasta Flores. Fue por esta época que comenzó a surgir entonces un pequeño centro comercial en torno a la estación de trenes y las paradas del tranvía. La Avenida Rivadavia (Camino de Flores o Camino Real) fue además pavimentada. Sobre ella se construyeron una gran cantidad de casas como resultado de la gran demanda de terrenos que implicó el anuncio de la llegada del tramway.

El primer hotel de Flores fue el “Hotel Anglo-Argentino” inaugurado en 1873 a instancias de Salvador Negrotto. Tenía frente a Rivadavia entre Bolivia y Condarco. Contaba con 80 habitaciones y oficinas. Sin embargo, debió cerrar sus puertas en 1875. El primer teatro, por otra parte, fue una experiencia llevada a cabo por Benito Ramayón. Su construcción se inició el 20 de enero de 1873, inaugurándose en la Navidad del mismo año con una capacidad para 2.000 personas. Se encontraba en Rivadavia 6871, el mismo lugar donde luego se levantara el “Cine Pueyrredón”.

Hacia 1870 Flores había empezado a dejar de ser el viejo pueblo de campaña para convertirse en el suburbio de una Buenos Aires que crecía de manera notable. Cada vez se complicaba más el tratar de percibir el límite entre “campo” y “ciudad”. El arribo del tranvía, del ferrocarril y la llegada cada vez más masiva de inmigrantes europeos transformaron por completo a Flores. Las actividades de los habitantes del Partido se diversificaron, orientándose casi por completo al abasto y servicios de Buenos Aires. De esa manera se incrementaron en gran forma las nuevas tareas urbanas “de servicio”.

Poco a poco las antiguas chacras y quintas que todavía se encontraban sin dividir, fueron loteadas y vendidas a una clase media que asomaba en el horizonte porteño y que rápidamente pudo acceder al sueño de la “casa

propia”, en este caso en la zona oeste de la ciudad. Flores se convirtió entonces en un típico barrio porteño de “clase media”, situación que se fue conformando de a poco con la llegada de artesanos, profesionales y comerciantes acompañados por el crecimiento del comercio y de la industria. También comenzó paulatinamente la construcción de casas de inquilinato o “conventillos” que por lo general eran habitados por los trabajadores (argentinos e inmigrantes) que se radicaban en Flores para ocupar sus puestos laborales en diversos comercios e industrias como podían ser las curtiembres o las fábricas de jabón o de muebles.



Vaciadero del Bajo Flores

La zona del Bañado de Flores que hoy se conoce como “Bajo Flores” se mantuvo al margen de esta situación. Por lo general se organizaba en torno a mataderos y graserías y allí vivía la gente más humilde: los ladrilleros, los tamberos y los peones de las quintas. En ese lugar se establecieron hacia fines del siglo XIX los primeros lecheros. Posteriormente fueron los vascos los que se hicieron cargo de esta actividad. Ellos explotaban y distribuían la leche, acostumbrándose los vecinos a verlos con su caballo cargado de tarros y su boina azul característica. Ramón L. Falcón llegó a ser considerada como la “calle de los lecheros”, ya que por allí transitaban estos personajes. En esta arteria además se situaban algunas canchas de pelota, juego que constituía

el divertimento de los vascos.

El pueblo de Flores alcanzó el rango de ciudad en 1883. Ese mismo año fue inaugurado el templo actual de San José de Flores. Es de planta basilical con tres naves y cúpula. Su fachada se encuentra rematada por una torre, siendo los autores de la obra, los arquitectos italianos Benito Panuzzi y Emilio Lombardo. Tiene una extensión de 65 m. de largo por 22 de frente. Al momento de su habilitación hubo grandes festejos populares. Posteriormente, el 1° de julio de 1916 fue elevado a la categoría de Basílica Menor.



Iglesia de San José de Flores

Dos aspectos que no podemos dejar de mencionar son: la asistencia médica y la educación. La primera escuela pública de Flores (para varones) fue la que fundara el Cabildo en el año 1818. Luego, en 1826 se gestionó la apertura de un establecimiento para niñas, la que al igual que la de varones, no contó con edificio propio. Finalmente, en 1834 se habilitó uno donde fueron instaladas las dos escuelas. Posteriormente, hacia 1881 ya funcionaban en Flores ocho escuelas públicas y trece privadas. Entre estas merece ser destacado el Colegio de la Anunciación de las Hermanas de la Misericordia,

inaugurado el 15 de septiembre de 1878 (Directorio 2138).

Con respecto a la asistencia médica debemos decir que durante muchos años los encargados de ejercer la medicina en Flores fueron los curanderos, entre los que se destacaba Lucas Roales, quien en el año 1829 llegó a establecer una botica afamada. En 1835 se radicó el doctor Manuel Vicente Soriano y ya en 1857 existían tres médicos en el pueblo. Luego, tras la epidemia de fiebre amarilla de 1871, la Municipalidad de Flores debió ponerse a prueba instalando un lazareto sobre la Av. Gaona. Tiempo después llegó la idea de establecer un primer hospital que se concretó al ocuparse del asunto las damas de la Sociedad de Beneficencia de San José. Este hospital fue inaugurado el 29 de junio de 1877 bajo la dirección de Juan Antonio Kelly. Muy posteriormente, la Municipalidad decidió adquirir un terreno para construir un gran nosocomio que luego sería el “Hospital Vecinal de Flores” (hoy Hospital Dr. Teodoro Álvarez). Sus obras quedaron oficialmente inauguradas el 16 de mayo de 1901.



Hospital Teodoro Álvarez a comienzos del S. XX

El 21 de septiembre de 1880 el Congreso Nacional aprobó la ley de federalización del Municipio de Buenos Aires, previa cesión del territorio

por parte de una Legislatura provincial nueva que había sido elegida por los vencedores del conflicto existente entre la Provincia y la Nación. A partir de esta ley comenzaron los debates en torno a cómo se debía conformar el territorio de la Capital Federal. Entre otros, Carlos Pellegrini, sostenía que la zona federalizada tenía que completarse incluyendo parte de lo que en ese momento eran los Partidos de San José de Flores y Belgrano. Así fue como finalmente parte de de estos dos partidos y también del de San Martín, debieron ser cedidos por ley del 27 de septiembre de 1887 a la Capital Federal. A partir de ese momento los pueblos de Flores y Belgrano, con sus respectivos arrabales (Floresta, Caballito, Núñez, Saavedra, etc) fueron incorporados definitivamente a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.

El Flores de comienzos del siglo XX generaba, según González Arrili, una sensación de espacios abiertos con un resabio de la antigua aristocracia. Dice él que sus calles comerciales eran más tranquilas que las del centro, ya que se encontraban próximas a la naturaleza. El subintendente Arturo C. Ponce fue en estos tiempos el encargado de realizar importantes obras de modernización. Pavimentó calles e instaló el alumbrado eléctrico, que comenzó con tres lamparitas en la plaza principal, notablemente embellecida. El servicio de aguas corrientes se inauguró en el año 1902 y la Ordenanza Municipal del 27 de noviembre de 1893 dio la mayoría de los nombres actuales de las calles del barrio. Flores era entonces, uno de los barrios más prósperos de la Capital Federal que además participó de la espectacular expansión demográfica de la ciudad. Llegó a tener 24.000 habitantes en 1904, 46.000 en 1910 y 77.700 según el censo de 1914, en una época en la cual los barrios del oeste todavía ostentaban un paisaje de quintas y ladrillales.

A lo largo del siglo, Flores no escapó al continuo flujo inmigratorio que llegaba día tras día a la ciudad. Allí se siguieron estableciendo inmigrantes españoles, italianos y judíos. Los españoles y los italianos fundaron importantes instituciones de carácter mutualista y social. Así surgieron, entre otras, la Asociación Española de Socorros Mutuos y la Società Italiana de Mutuo Soccorso e Istruzione. Al finalizar la década de 1920, arribaron los armenios que levantaron un barrio de 200 casas al sur del barrio. Fueron zapateros, lecheros y plomeros. Establecieron una iglesia y un colegio. Los judíos también tuvieron y aún mantienen sus templos e instituciones en el barrio.

En la mayoría de los barrios de la ciudad fueron surgiendo distintos centros comerciales y Flores no fue la excepción. Tuvo una época de esplen-

dor y hasta existió una propuesta del arquitecto suizo Le Corbusier para que fuera la “ciudad-satélite del futuro”. Muchos bancos que tenían sus sedes centrales en la City porteña también levantaron sucursales en Flores. La del Banco de la Nación Argentina, sita en el edificio de Rivadavia y Pedernera (de 1910) fue la que tuvo mayor movimiento. En los alrededores de la Plaza Puyerrredón se ubicaron afamados comercios, convirtiéndose Flores en un barrio en el que “había de todo”. Al nombrar a los principales negocios del barrio no podemos olvidar que el 10 de noviembre de 1956 se inauguró la “Galería San José de Flores”, coronada por una cúpula adornada con murales de artistas argentinos de primera línea (Castagnino, Policastro, Urruchúa).



Vista de la Plaza – Calle Artigas (1930)

De alguna manera fue también en el siglo XX que la clase media se “apropió” definitivamente del barrio de Flores. La edificación creció notablemente y aumentaron los medios de transporte de manera considerable. Se hizo común la aparición de viviendas unifamiliares y las casas de departamentos. Los préstamos hipotecarios mucho que ver tuvieron con esta transformación. Hay un edificio tradicional en el barrio que fue construido en el año 1925: se lo conoce como la “Mansión de Flores” (Yerbal al 2200).

Es una vivienda colectiva que se compone de cinco cuerpos de tres pisos y 102 departamentos. Además existe allí una convivencia de espacios públicos con espacios privados. Tuvo una sala cinematográfica propia a la que solían acudir los residentes de los distintos departamentos.



Rivadavia y Rivera Indarte (1949)

El escritor Roberto Arlt vivió en Flores durante los primeros años de su vida. Se crió entre molinos de viento, aljibes y quintas señoriales. Conoció todo el proceso de transformación del barrio: allí creció, se enamoró y se hizo adulto. Silvio Astier, el personaje de su obra **El juguete rabioso**, era el líder de una pandilla que organizaba expediciones al arroyo Maldonado y que caminaba por las calles del barrio con ganzúas y papeles de diario dónde envolvían lo que robaban. Además era introducido en la literatura policial por un viejo zapatero que era dueño de un negocio en la Av. Rivadavia entre Sudamérica (Artigas) y Bolivia.

Actualmente, Flores constituye uno de los 48 barrios que conforman la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Se encuentra limitado por las siguientes calles y avenidas: Portela, Cuenca, Gaona, Tte. Gral. Donato Álvarez, Curpaligüe, Directorio, Carabobo, Castañares, Camilo Torres, Dr. Norberto de La Riestra, Perito Moreno, una vez más Castañares, Lacarra y Tte. Gral. Dellepiane. Se puede dividir en tres zonas claramente definidas: Flores tradi-

cional o central (desde Gaona hasta Directorio), Flores sur (desde Directorio hasta Eva Perón) y el Bajo Flores (desde Eva Perón al sur).

Se encuentra en una zona geográfica intermedia, existiendo un sector más alto que es el lugar dónde se fundó el pueblo original y una zona más baja, el llamado “Bañado de Flores”, al sur del núcleo fundacional. Como dijimos con anterioridad, posteriormente dicha zona sería conocida con el nombre de “Bajo Flores” o “Flores sur”. Actualmente presenta todavía muchas avenidas sin parquizar. Se encuentra atravesado por la Autopista 25 de Mayo y por varios barrios marginales y villas de emergencia. En el Bajo Flores se hallan también el Hospital Parmenio Piñero (inaugurado en 1917) y el Cementerio de Flores.

La Avenida Rivadavia sigue siendo la columna vertebral del barrio, que es atravesada por una gran cantidad de colectivos. A la vera de dicha arteria se encuentran la iglesia y la plaza principal. Allí también se concentran los principales comercios del barrio. Próximamente por debajo de la misma correrá el subterráneo de la línea A que actualmente llega hasta Caballito. En definitiva, es un barrio popular con alguna que otra reminiscencia de la aristocracia. Es comercial y al mismo tiempo, residencial; es allí donde conviven los edificios de departamentos con las viejas casas chorizo, el antes y del después de una historia que ya tiene 200 años.



Una calle del barrio de Flores

Parte Tercera:
Entierros y enterratorios en la
Ciudad de Buenos Aires

LIC. LEONEL CONTRERAS

El 20 de junio de 1580, Juan de Garay fundó la ciudad de La Trinidad en el puerto de Santa María de los Buenos Aires. Fijó una cruz de madera en el sitio donde debía construirse la “Iglesia Mayor” (San Martín y Rivadavia, donde se encuentra hoy), lugar dónde serían enterrados los restos de los primeros porteños. Posteriormente y por más de dos siglos, los habitantes de la ciudad de Buenos Aires serían sepultados dentro de las iglesias y en sus camposantos anexos.

En 1583 se construyó la primera iglesia de San Francisco (Defensa y Alsina). Este templo cumplió las funciones de “Iglesia Mayor” hasta la edificación de la primera Catedral. Tanto allí como en la contigua Capilla de San Roque (mediados del siglo XVIII) funcionaron enterratorios. En 1584 se levantó la primitiva Catedral, no en el lugar elegido por Garay sino en la esquina de Reconquista y Rivadavia (hoy Banco Nación). Este templo también contó con un camposanto. Posteriormente, en 1593, se trasladó a su ubicación actual también con un cementerio (dónde hoy se levanta el edificio de la Curia Metropolitana). La esquina de Rivadavia y Reconquista fue conocida durante mucho tiempo como el “Hueco de las Ánimas”, nombre que tenía que ver con las “almas” enterradas en el camposanto que había tenido la Catedral en su primera ubicación.

Sin embargo, también existían otras realidades. En 1605 una primera epidemia de viruela en Buenos Aires, inició una larga serie de pestes en Buenos Aires. Dentro de estas circunstancias, los muertos eran enterrados en fosas comunes lo más lejos posible de la ciudad. Los cuerpos de los que morían durante las epidemias eran envueltos en humildes mortajas y atados a la cola del caballo que hacía el traslado.

Por otra parte, en la Iglesia Católica de los siglos XVII y XVIII, los pobres, los indígenas y los esclavos no tenían cabida. Por lo general cuando

fallecían eran abandonados en algún hueco donde posteriormente eran devorados por perros cimarrones. Lo mismo ocurría con suicidas, criminales, prestamistas, comediantes (en algunos períodos), excomulgados, masones y “herejes”, en fin, todos los que no profesaban el credo católico.

Los no-católicos también eran enterrados de manera muy precaria, en los bajos del Río de la Plata. Paradójicamente entre estos estaban los ingleses que en 1716 habían establecido su asiento de esclavos del “Retiro”. También existen indicios de la existencia de un enterratorio general, anterior a La Recoleta, sobre la calle Defensa contiguo al primer hospital de la ciudad (actual esquina SE de México y Defensa). Allí (Camposanto del Hospital) habrían sido enterrados muchos protestantes. Cabe destacar que en tiempos de la Cuaresma, tenían lugar los Edictos de las Delaciones del Tribunal de la Santa Inquisición. A través de estos, cualquier persona podía denunciar prácticas funerarias judaicas o no católicas. Se solía vigilar especialmente a los portugueses, a quienes muchas veces se tildaba de “cristianos nuevos” o criptojudíos.

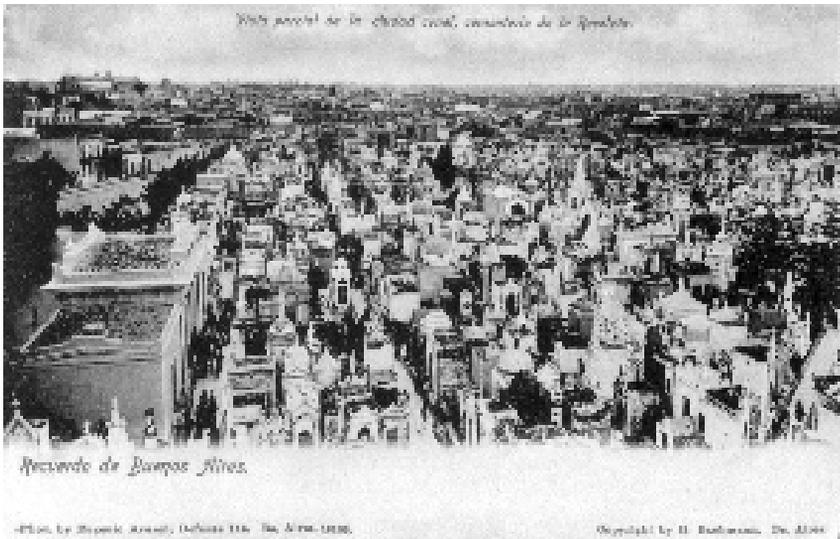
Con la construcción de la iglesia de San Ignacio (1712) comenzó en Buenos Aires la etapa de edificación de los grandes templos. En sus interiores eran enterradas las personas de “categoría” y afuera, en un camposanto anexo, la gente del pueblo y los esclavos. Los cuerpos de los “nobles” eran cubiertos por una lápida de mármol o de piedra en un sitio adquirido por su familia a alguna cofradía a la que pudieran haber pertenecido. También eran amortajados con sayales de la orden a la que pertenecían.

En 1727 se constituyó la Hermandad de la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, que se encargó de realizar los entierros de los pobres y de los ajusticiados. Primero tuvo su sede en la iglesia de la Concepción (Tacuarí e Independencia). Luego, entre 1733 y 1741 se trasladó a la actual iglesia de San Miguel (Bartolomé Mitre y Suipacha). Ese último año se suspendieron oficialmente los entierros, aunque posteriormente se siguió inhumando en los patios, en el sótano y debajo del altar mayor de la iglesia. A partir de 1787, la Real Hermandad de San José y Animas del Campo Santo también se encargó de ofrecer cristiana sepultura a todas aquellas personas que no podían costearse el entierro. El rito se oficiaba en un terreno vecino a la Iglesia de San Telmo (Humberto 1° entre Defensa y Balcarce).

A comienzos del siglo XIX se comenzó a percibir un cambio en la mentalidad de los hombres de la época, producto de la ideología de la Ilustración. Es en este momento cuando surgieron los planteos acerca del traslado de

los cementerios fuera de los templos, a lugares más bien alejados. También aparecieron otros procesos con rituales que jerarquizaron e individualizaron a la muerte. Por ejemplo es en esta época en que se popularizaron los epitafios y las lápidas, que no eran muy comunes en tiempos de la América Hispánica. En Buenos Aires los cambios se hicieron sentir rápidamente y en 1803 quedó prohibido sepultar en los templos por cuestiones de salud. Sin embargo, la medida fue muy resistida por la población y también por la institución eclesiástica, que tenía en la disposición sobre los muertos, una fuente importante de recursos económicos.

En 1820 la comunidad protestante de Buenos Aires solicitó al Gobernador Martín Rodríguez un lugar adecuado para enterrar a sus muertos. El 19 de marzo de 1821, como respuesta, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires autorizó a la llamada “Corporación del Cementerio Inglés” a adquirir un terreno lindero a la iglesia del Socorro (Juncal y Suipacha). Este primer cementerio “de disidentes”, fue conocido con el nombre “Del Socorro”. Se inauguró en abril de 1821 y funcionó hasta 1833. En ese lugar hoy se levanta el edificio de un hotel.



Cementerio de la Recoleta - 1900

El Cementerio de La Recoleta (antes del Norte) fue inaugurado el 17 de noviembre de 1822, siendo una de las tantas consecuencias de la reforma religiosa llevada a cabo a comienzos de la década de 1820, por Bernardino

Rivadavia, Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Con anterioridad, en 1821 un decreto del Gobernador Martín Rodríguez había obligado a que todos los cadáveres fueran conducidos al “Cementerio de Miserere”, enterratorio de Nuestra Señora de Balvanera. Posteriormente, por falta de dinero para refaccionar este camposanto, se optó por descomisar el huerto y enterratorio que poseían los padres recoletos, contiguo a la Iglesia del Pilar, creándose de esa manera el Cementerio del Norte (hoy de la Recoleta), primero público que tuvo la ciudad.

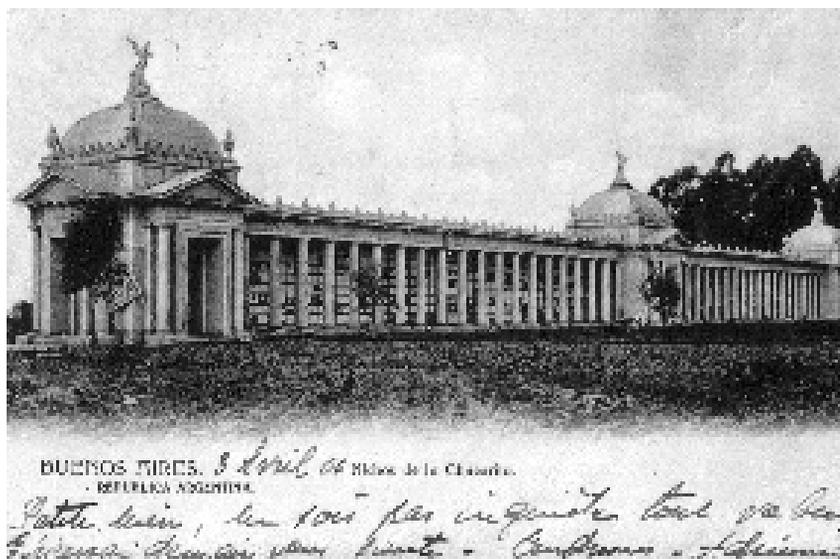
Fue en tiempos de la reforma religiosa rivadaviana que se comenzó a acelerar el proceso de laicización de la vida cotidiana, reforzando los preceptos del “higienismo”. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el cementerio se convirtió también el lugar dónde “se duerme”, jerarquizándose la muerte con nuevos monumentos y bóvedas. En 1828 el Cementerio del Norte adquirió su perímetro actual. De esa manera el antiguo huerto se pobló de cruces y túmulos, con cuerpos enterrados prácticamente sobre la superficie. Algunas familias más pudientes construyeron sus primeras bóvedas, destacándose en este primer momento la de los Bustillo. En 1829 el gobernador Juan Manuel de Rosas creó también el “Panteón de los Ciudadanos Meritorios” del Cementerio del Norte. Actualmente, allí yacen entre otros: Cornelio Saavedra, Marcos Balcarce, Gregorio Funes, Gregorio Perdriel, Antonio Sáenz, Juan Izquierdo, Juan Álvarez de Arenales, Juan Andrés de la Peña y Guillermo Rawson. Posteriormente la tumba de Juan Facundo Quiroga sería el primer monumento funerario de dicho cementerio, la llamada la “Dolorosa”. Por esa época, el arte funerario era más bien sobrio (copones, túmulos y placas de mármol).

Hacia 1822 se establecieron los primeros servicios fúnebres que se hacían en carros de la policía, ofreciendo gratuidad en caso de pobreza y mayores adornos para los más pudientes. En 1824 fue utilizado el primer servicio de carros fúnebres de lujo para el entierro de August Rodney, ministro plenipotenciario estadounidense, fallecido ese año en Buenos Aires y enterrado en el primer cementerio de disidentes. Posteriormente, en 1829, un decreto del Gobernador Juan José Viamonte limitó el número de vehículos que debían trasladar a los muertos. Para los entierros de niños se preparaba un carro blanco con cortinas celestes que se conocía por el nombre de “Carro de los Angelitos”. Las criaturas eran disfrazadas de modo lujoso e incluso adornados con joyas, si se trataba de una familia pudiente. En 1825 por orden de las autoridades, los muertos que descansaban en las iglesias debieron

del Sud del Parque Ameghino se vio rebalsado tres años después de su inauguración, cuando la epidemia de fiebre amarilla de 1871, cerrando definitivamente en 1892. El terreno de este enterratorio se componía de tierra arcillosa que dificultaba la descomposición de los cadáveres.

En el año 1871 la ciudad de Buenos Aires sufrió una epidemia de fiebre amarilla, que terminó convirtiéndose en la peor tragedia de su historia. Como consecuencia de esta situación, se decidió la apertura de un “Enterratorio General”, donde desde 1867 funcionaba uno muy precario en las cercanías de la Chacarita de los Colegiales (hoy Parque los Andes). Se lo llamó Cementerio del Oeste y el primer muerto allí enterrado fue Manuel Rodríguez, un albañil muerto por la peste. Para el transporte de los muertos debió habilitarse un ramal del FC Oeste que iba por la Av. Corrientes y que era conocido como “Tren Fúnebre”. Un galpón del Ferrocarril sirvió de depósito de cadáveres. Donde hoy se encuentra el Instituto Malbrán, también fue habilitado un pequeño cementerio para enterrar a algunos no católicos víctimas de la epidemia.

Posteriormente, en 1881 fue reformado el Cementerio del Norte que adquirió de esa manera su fisonomía actual. Fue entonces que las principales familias porteñas decidieron levantar allí sus suntuosas bóvedas, imbuidos por el pensamiento “renacentista” que existía en la Italia Saboyana. La ideología de la época dictaba que las glorias mundanas debían continuar



Nichos de la Chacarita (1900)

su vida terrenal para emerger triunfales en alianza con la gloria celestial. Muchas de las bóvedas que aún hoy allí se encuentran son calcadas de otras existentes en el Cementerio de Staglieno en Génova. Sin embargo, no todos pensaban igual. En 1884 Mariano Saavedra pidió ser enterrado sin ningún tipo de boato ni invitaciones a diarios, cosa que fue elogiada por todos los periódicos de la época, críticos de la costumbre “impía” de la ostentación en medio del dolor.

El problema de la falta de lugar para los muertos comenzó a disminuir a medida que se hizo costumbre la cremación. El primero que la propuso en el país fue el doctor Pedro Mallo en el año 1879 a través de la Sociedad Científica Argentina. Posteriormente, en 1884 los doctores José María Ramos Mejía y José Penna llevaron a cabo la primera cremación en la Casa de Aislamiento (luego Hospital Muñiz). En aquella ocasión el muerto era Pedro Doime, que había fallecido de fiebre amarilla. El acto fue aprobado automáticamente por el Intendente Municipal Torcuato de Alvear. La Iglesia Católica recién aprobó expresamente la cremación en el año 1960.

En la actualidad la Ciudad de Buenos Aires cuenta con cinco cementerios: Chacarita, Recoleta, Británico, Alemán (estos dos dentro del perímetro del Cementerio de la Chacarita) y Flores. El actual Cementerio de la Chacarita fue inaugurado el 14 de abril de 1886, como “Enterratorio General de Buenos Aires” en lo que en ese entonces todavía era Partido de Belgrano. El pórtico principal del cementerio, sostenido por 28 columnas de orden dórico, fue obra del ingeniero Juan A. Buschiazzo. En 1907 se realizó una nueva ampliación, adquiriendo sus características actuales en 1916. Tiene una superficie de 98 ha., delimitadas por las calles Jorge Newbery, Elcano, Del Campo, Garmendia y Warnes. Se le dió su nombre actual en 1949, siendo hoy en día uno de los enterratorios más grandes del mundo y el más grande de la Argentina.

Parte Cuarta: Cementerio de Flores

LIC. LEONEL CONTRERAS

1. Consideraciones generales

Explicábamos con anterioridad que el pueblo de San José de Flores llegó a tener una población de 15.000 almas y una importante vida social. Muchas veces sus habitantes nacían, vivían y morían en él y por lo tanto debían ser allí enterrados. Así nació el primer enterratorio, contiguo a la iglesia, sobre la calle Rivera Indarte. Luego, en 1832 vino un segundo, en la manzana de Varela, Remedios, Culpina y Tandil. El tercero, que es el actual, nació en 1867, mucho más pequeño. Con posterioridad se fue expandiendo y como dijimos también antes, en la actualidad constituye junto con Recoleta y Chacarita, uno de los tres cementerios públicos de la ciudad de Buenos Aires.

Muchas de las personas que están enterradas en Flores y que son presentadas en este trabajo, han tenido que ver con la historia del barrio y de los barrios vecinos. Por ejemplo, allí están las familias terratenientes, los grandes propietarios, generadores de muchos de los actuales barrios de la ciudad. En este sentido tenemos a la familia Flores, fundadora del pueblo homónimo; a la familia Cambiasso, pionera en Villa del Parque; a Juan Nepomuceno Márquez, propietario de gran parte de las tierras que hoy forman parte de Villa General Mitre y a la familia de Antonio Terrero, hijo de Juan Nepomuceno, socio de Rosas y dueño de la casa donde se firmó el Pacto de San José de Flores de 1859.

También yacen enterrados en Flores, Juan F. Aranguren (primer director del Hospital Álvarez), Rómulo Carbia (primer historiador de Flores), José Antonio Melián (héroe de la independencia y las invasiones inglesas) y Agustín Méndez (empresario, uno de los “padres” del tranvía en Argen-

tina), entre otros. La presencia de la inmigración masiva de comienzos de siglo, la vemos representada en el español Juan Guereño y en el italiano Francisco Santojanni. El primero, llegó de España casi sin posibilidades y supo constituir una de las fábricas de jabones más importantes del país. El segundo, fue donante de los terrenos del hospital que hoy lleva su nombre, en el barrio de Liniers.

Dos casos se encuentran fuera del sector de las bóvedas. Edelmiro Franco, “héroe civil” conocido como “médico de los pobres”, quien dio su vida por un niño, hoy tiene un monumento levantado en su memoria, donde yace enterrado en el sector de las tumbas de tierra. Lo mismo ocurre con el mítico payador Gabino Ezeiza, cuyos restos descansan en la antigua galería de nichos. A través de este último, percibimos además la presencia negra en Flores, que nos remite al recuerdo de los esclavos enterrados en el primer camposanto.

Los panteones de la zona de bóvedas, también dejan traslucir buena parte de la historia de Flores y sus barrios aledaños. Están allí representadas las órdenes religiosas (Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, Instituto del Buen Pastor, Orden de los Frailes Menores Capuchinos), las sociedades de inmigrantes (Sociedad Española de Socorros Mutuos, Sociedad Italiana “La Providenza”) y los distintos gremios (Federación de Asociación Católica de Empleados, Círculo de Obreros de Flores).

En el Gran Panteón, inaugurado en 1958, yacen enterradas miles de personas. Lo mismo ocurre en las tumbas de tierra, donde podemos observar la figura del “hincha” de fútbol fallecido, que aparece a través de placas conmemorativas, adornos florales o estructuras que se adosan a los monumentos funerarios, manifestando su pertenencia a determinado club de fútbol o institución deportiva. También en la tierra, en la Sección 6° del cementerio estuvieron enterrados los primeros judíos que fueron autorizados a tener sepultura en la Ciudad de Buenos Aires, situación que se dio entre 1900 y 1910, año en que se abrió el Cementerio Israelita de Liniers en Ciudadela.

En el sector de las tumbas de tierra de Flores, se lleva a cabo además, un importante ritual de origen andino, pero con pocos años en nuestra Ciudad. Hablamos de la celebración del Día de los Muertos por parte de la colectividad boliviana, que ha trasladado sus tradiciones mortuorias y sus rituales a este cementerio, recreando la “fiesta de difuntos”, en la que se realizan “altares” en los cuales se da de comer a las almas y se acompaña a



los muertos con elementos, juegos, comida o música que eran del agrado de los mismos. Estas tradiciones, se han mantenido a lo largo del tiempo y hoy nos muestran la diversidad cultural de Buenos Aires, diversidad que no pasa desapercibida en el cementerio de Flores, uno de los hitos de aquel pueblo que hoy es barrio y festeja con orgullo sus 200 años.

2. Los primeros cementerios de Flores

En un primer momento, los vecinos de Flores fueron enterrados en los camposantos de las iglesias del centro de Buenos Aires. Como dijimos con anterioridad el primer enterratorio del pueblo fue habilitado el 2 de septiembre de 1807 solo para esclavos y vecinos pobres en un terreno lindero con la capilla principal, sobre la actual calle Rivera Indarte entre Rivadavia y Ramón L. Falcón. Ese día se sepultaron los restos del vecino Pedro Ximénez, español nacido en Murcia.

Hacia 1830, la población de Flores había aumentado a unos 4000 habitantes y entonces el padre Martín Boneo, que deseaba la construcción de una nueva iglesia y el traslado del antiguo camposanto, inició gestiones para obtener tierras a fin de tener dónde instalar un nuevo cementerio. Primero,

el Gobierno ordenó a la autoridad eclesiástica la remoción y el traslado del camposanto de Rivera Indarte. Luego, los herederos de Esteban Villanueva y Norberto Quirno donaron una parcela de 32 m. de frente por 68 m. de fondo, donde se inauguró el segundo cementerio, en el terreno limitado por las calles Varela, Remedios, Culpina y Tandil. La bendición del mismo ocurrió el 20 de septiembre de 1832, aunque la primera inhumación tuvo lugar el día anterior.



Bañado de Flores (1962). En sus cercanías se decidió la instalación del nuevo cementerio de Flores.

Muchas familias tradicionales de Flores construyeron sus bóvedas en este segundo cementerio, primando siempre la intención de ser allí sus miembros enterrados, cosa que muchas veces se especificaba en un testamento, por escrito. Originalmente fue reservado exclusivamente para católicos. Luego, en 1865, la Municipalidad decidió secularizarlo, aunque el crecimiento de la población ya demandaba un nuevo traslado. Primero se pensó en llevarlo al sur o bien a la Chacarita. Finalmente se decidió como nuevo destino el área lindera al bañado del Partido en tierras que eran arrendadas al Juez de Paz Isidro Silva. El segundo cementerio de Flores fue clausurado el 1° de enero de 1872, destinándose el predio a Corralón Municipal.

3. Los judíos en el Cementerio de Flores

Los primeros judíos que murieron en Buenos Aires fueron enterrados en los dos últimos cementerios de disidentes que existieron en la ciudad (Victoria, 1833-1892 y Chacarita, 1892-1896). En 1885 surgió la Chevra Kedusha (Sociedad Piadosa), de origen ashkenazí y que tenía por fin, conseguir un cementerio judío. Luego de varios años de gestiones ante la Municipalidad el 14 de junio de 1892 obtuvo el permiso para enterrar en la manzana 6ª de la sección 14ª del Cementerio de la Chacarita. Sin embargo, no se sabe si por motivos económicos o religiosos, esto nunca se llevó a cabo y el terreno fue rechazado. Posteriormente, el 11 de febrero de 1894 quedó constituida formalmente la Chevra Kedusha Ashkenazí, antecesora de la AMIA. Los judíos siguieron enterrando en el Cementerio de Disidentes hasta que en 1896, ocurrió que debido al incremento de muertos con origen judío, esta necrópolis decidió no aceptar más entierros y solo por excepción se le permitió hacerlo a la Chevra Kedusha Ashkenazí hasta el año 1900.

El primer cementerio judío propio en Buenos Aires fue finalmente el de Avellaneda (al lado del Cementerio Municipal), de los llamados “tmeim” (impuros), rufianes relacionados con la trata de blancas. Éste inauguró en 1899-1900, pero posteriormente, en lotes vecinos abrió un segundo cementerio la comunidad marroquí (sefaradí), que en aquel momento, constituía un 25% de la comunidad judía.

Una vez vencido el plazo establecido por el Cementerio de los Disidentes, al resto de los judíos solo le quedaba enterrar en los cementerios municipales. Así fue como en junio de 1900 la Chevra Kedusha arregló con la Municipalidad el arrendamiento de la sección 6ª del Cementerio de Flores, que era secular y no estaba consagrado por la Iglesia Católica. Según Paul Armony fueron enterrados allí más de 800 judíos entre los años 1900 y 1910. La solución de enterrar en Flores era considerada provisoria por los ashkenazíes y en 1910 compraron un terreno en Ciudadela, que luego se convertiría en el Cementerio de Liniers. Muchos de los restos que se hallaban enterrados en Flores permanecieron allí hasta 1935, de hecho también existe la posibilidad de que hasta ese año haya seguido habiendo inhumaciones de indigentes y recién nacidos. Por lo general fueron trasladados a Liniers, muchos de ellos con monumentos propios y el resto a una fosa común, sobre la que hoy existe un monumento conmemorativo.



Cementerio de Liniers
(1960). Homenaje frente a la
bóveda en la que descansan
los restos trasladados del
Cementerio de Flores

4. La necrópolis actual

El actual Cementerio de Flores fue habilitado el día 9 de abril de 1867, cuando se sepultaron los restos de la niña Elena Bergallo. Consta de 27 ha., encontrándose delimitado por las calles Balbastro, Varela, Castaños y Lafuente. Sin embargo, originalmente ocupaba una pequeña superficie sobre la calle Balbastro (abierta especialmente) entre las prolongaciones de Castañón y San Pedrito. Posteriormente, en 1903 la Municipalidad adquirió tierras aledañas para su ampliación. Estos terrenos solo serían ocupados al promediar la década de 1930. Parte de las secciones destinadas a bóvedas,



fueron habilitadas para inhumaciones en tierra en 1910, en tanto que el Peristilo data del año 1911.

Hacia 1912 se procedió con el abovedamiento de las calles hasta ese momento no afectadas con inhumaciones y la construcción de cunetas que facilitasen su desagüe. Se adornaron también los caminos principales y se pusieron en marcha seis columnas surtidoras de agua. Tiempo después, se llevó a cabo la forestación del cementerio, con la plantación de 310 árboles de diversas especies. La autorización municipal para la construcción del cerco perimetral de mampostería, llegó en el año 1941, en tanto que el Gran Panteón, que ocupa el lugar de una antigua laguna, fue inaugurado en 1958. El último ensanche ocurrió en 1979 con la construcción del llamado “Cementerio Parque”, existente al norte de la calle Balbastro. El 1° de octubre de dicho año, se produjo la primera inhumación en ese sector, cuando fue enterrada allí la señora Rosa Guida de Gnocchi.



4.1. Peristilo



Es de orden dórico y consta de diez columnas y seis pliastras. El frente está conformado por un tímpano, un arquitrabe, dos pilastras y cuatro columnas. Data de 1911.



4.2- Sector de bóvedas



El sector de bóvedas de Flores se encuentra dividido en 4 secciones. Tiene espacio para unas 850 bóvedas y para 16 panteones. Allí se encuentran enterrados entre otros, José María Flores, Juan F. Aranguren, Rómulo Carbia y Juan Guereño.



FAMILIA FLORES



José María Flores

Juan Diego Flores nació en Buenos Aires en el siglo XVIII. Hijo de Clemente Flores y Antonia Rodríguez de la Torre y descendiente de los primeros pobladores porteños, se dedicó a la agricultura y la ganadería. Pobló una estancia en la zona de Cañuelas y en 1776 compró una extensa chacra (antes perteneciente a Mateo Leal de Ayala) en lo que otrora había sido el Pago de La Matanza. Falleció el 5 de febrero de 1801. Casado con Antonia Fuentes y Montes de Oca,

no tuvieron descendencia, adoptando como hijo al huérfano Ramón Francisco Flores.

A la muerte de Juan Diego, este decidió fundar un pueblo que llevara el nombre de su padre. Lo hizo en colaboración del vecino Antonio Millán y así nació San José de Flores en aquella extensa chacra comprada en 1776. Ramón Flores fue un hacendado. Se casó con Micaela Suárez de Hormiguera y fue padre de María Josefa, Tomasa, Juan Antonio y José María. Se separó de su familia y falleció hacia 1825.

El general José María Flores (Buenos Aires, 1800 – Rosario, 1856), hijo de Ramón Flores y Micaela Suárez fue un militar que participó en el Ejército del Alto Perú y en los sucesos de 1820 en Buenos Aires. Luego estuvo en la Guerra con el Brasil, donde fue hecho prisionero. Posteriormente a la firma del Tratado de Paz, recuperó su libertad, siendo entonces nombrado Comandante Militar de Areco. En 1833 participó de la Campaña al Desierto y tras la batalla de Caseros fue Ministro de Guerra y Marina del Gobernador Valentín Alsina. Murió repentinamente en Rosario, siendo trasladado primero al cementerio local y luego a la bóveda de su familia en el Cementerio de Flores.

Antes, en 1867 los herederos de Flores se habían presentado a la Municipalidad local a fin de solicitar la compra de un terreno en el nuevo cementerio local, donde enterrar a José María y otros miembros de la familia. El predio les fue finalmente cedido de manera gratuita, surgiendo en 1868 el actual sepulcro, donde están enterrados el general José María Flores, su madre Micaela Suárez y también posiblemente Juan Diego Flores y Antonia Fuentes.



JUAN F. ARANGUREN (Bóveda “Aranguren”)



Juan F. Aranguren

(Mercedes, Buenos Aires, 1870 – Buenos Aires, 1951). Médico. Graduado de doctor en medicina con medalla de oro de la Universidad de Buenos Aires, se recibió en el año 1897 con una tesis acerca de la contribución al estudio de la cura radical de los aneurismas quirúrgicos. Trabajó en la Asistencia Pública y con posterioridad, entre los años 1901 y 1911, fue primer director del hospital vecinal de Flores, hoy Hospital Teodoro Álvarez. También se destacó como médico del Asilo Naval y como presidente del Consejo Escolar N° XII. Los vecinos de Flores lo recuerdan como el “médico del barrio”. Actualmente una de las calles que bordean al Hospital Álvarez lleva su nombre.



FAMILIA CAMBIASSO (Bóveda “José Cambiasso y Familia”)



Antonio Cambiasso

José Cambiasso fue un inmigrante italiano, nacido en Génova en 1815 y llegado al país hacia 1855. De profesión propietario, llegó a poseer cinco quintas dentro del partido de San José de Flores. Se casó con María Casanova, con quien tuvo doce hijos, Nicolás, Juan, Pedro, Carlos, Francisco, Antonio, Luisa, Pascual, Demetrio, Feliciano, José y Andrés. Falleció, víctima de neumonía el 14 de julio de 1885. Su esposa, María Casanova, murió cuatro años más tarde, el 18 de abril de 1889. Luego de diferentes sucesiones y compras, su hijo Antonio Cambiasso quedó como propietario exclusivo de una extensión de ciento treinta y dos mil trescientos setenta y ocho metros cuadrados: un cuadrilátero irregular, limitado por las actuales calles Nogoyá, Helguera, Santo Tomé y Llavallol en Villa del Parque. Actualmente es considerado como el fundador de dicho barrio. Falleció a los 63 años de edad el 28 de enero de 1919. La bóveda de la familia en el Cementerio de Flores es la más espaciosa de la necrópolis y tiene una capacidad aproximada de 200 cuerpos. José Cambiasso, su esposa María Casanova y su hijo Antonio Cambiasso, están allí enterrados.



RÓMULO CARBIA (Bóveda "Rómulo D. Carbia")



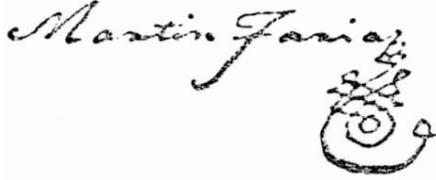
Rómulo Carbia

(Buenos Aires, 1885 – Buenos Aires, 1944). Historiador. Tuvo su momento consagratorio con la obra *Historia de la historiografía argentina*. Desde 1915 hasta su muerte ejerció el cargo de Director de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A lo largo de su mandato, la colección de la Facultad llegó a contar con 70.000 volúmenes. Entre sus obras más importantes se encuentran: *La crónica oficial de las Indias Occidentales* (1933)

e *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, donde sacó a relucir su pensamiento sobre la colonización española, defendiendo todo lo relativo al legado hispano en Latinoamérica. Fue miembro de diversas academias de historia (Chile, Uruguay, París y Nueva York). Trabajó como profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata. Es considerado como el primer historiador de San José de Flores por su libro *Bosquejo histórico de San José de Flores*, publicado en 1906.

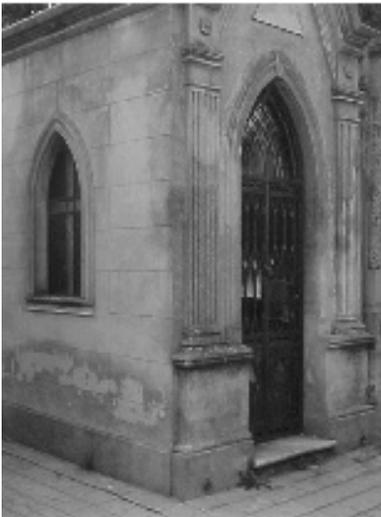


MARTÍN FARÍAS (Bóveda "Familia de Martín Farías")

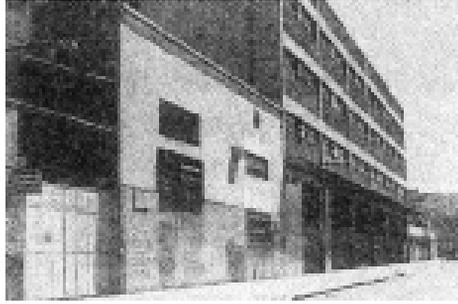


Martín Farías

(Pergamino, Buenos Aires, 1795 – Buenos Aires, 1870). Político. Propietario de tierras sitas una legua al sur del por entonces pueblo de San José de Flores; en agosto de 1829, reemplazó como Juez de Paz del Partido homónimo al unitario Maderna. Amigo de Juan Manuel de Rosas fue un destacado miembro del Partido Federal. Participó en la Revolución de los Restauradores y en su casa también se realizaron escrutinios para la elección de los diputados de la Legislatura bonaerense. Cumplió el cargo de Juez de Paz hasta 1831. En el último tramo de su vida se dedicó a la agricultura y a la ganadería.



JUAN GUEREÑO (Bóveda “Juan Guereño”)



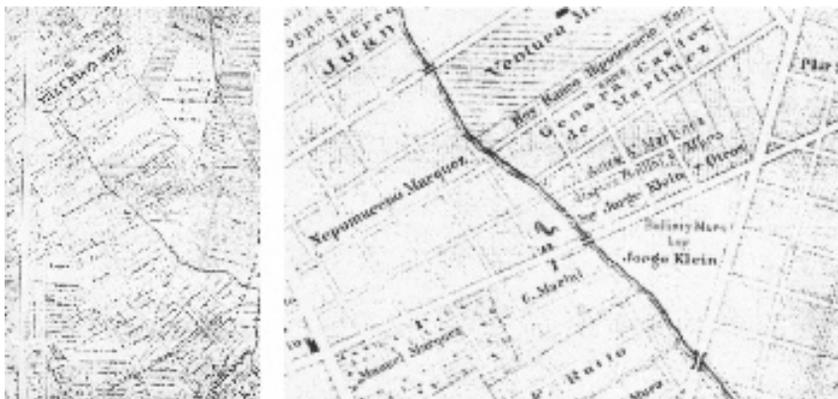
Fábrica de jabón Guereño

(Crémenes, España, 1888 – Buenos Aires, 1961). Inmigrante y empresario español. Huérfano de padre, a los ocho años debió ayudar a su madre trabajando en el campo. En 1902 se fue a probar suerte a Madrid, donde trabajó como verdulero y panadero. No le fue bien y 1907 se embarcó para Buenos Aires. Diez años más tarde, ya en la ciudad, instaló una pequeña fábrica de jabón en un galpón de la calle Tafí (Martiniano Leguizamón) cerca de Rivadavia en el barrio porteño de Liniers. Transcurridos los años, llegó a ser una de las fábricas más importantes del rubro. Fue famoso su jabón amarillo, que se vendía en barras y su éxito le permitió a Guereño trasladarse a un nuevo galpón en la calle Cafayate 622. Allí se instaló en 1920, contando ya con calderas a vapor y maquinarias. Lanzó al mercado la famosa marca “Radical” y en 1938 su empresa se transformó en Sociedad Anónima, conocida como “Establecimiento Fabril Guereño”. Esa fábrica llegó a contar con 300 empleados.



JUAN NEPOMUCENO MÁRQUEZ

(Bóveda “Sepulcro de la familia de Don Mauricio Méndez – Sepulcro de la familia de Don Juan Nepomuceno Márquez”)

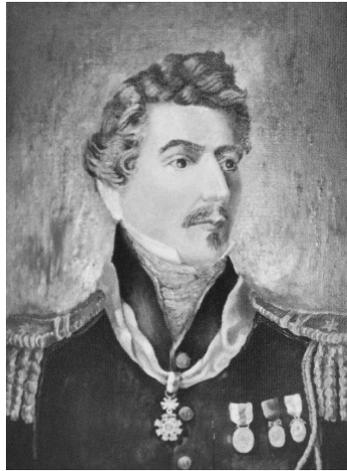


Tierras de Juan Nepomuceno Márquez

(Buenos Aires, 1825 – Buenos Aires, 1888). Fuerte terrateniente y caudillo del Partido Conservador en la zona de San José de Flores. Hijo de Manuel Márquez y Antonia Ricardo y descendiente de una de las familias tradicionales del pueblo. Se casó con Eulogia Blanco y llegó a ser dueño de una amplia extensión de tierras en lo que hoy es el barrio de Villa General Mitre. Esta quinta estaba aproximadamente limitada por las actuales avenidas Donato Álvarez, Gaona, Boyacá y el arroyo Maldonado (hoy Av. Juan B. Justo).



JOSÉ ANTONIO MELIÁN (Bóveda “Melián Blanco”)

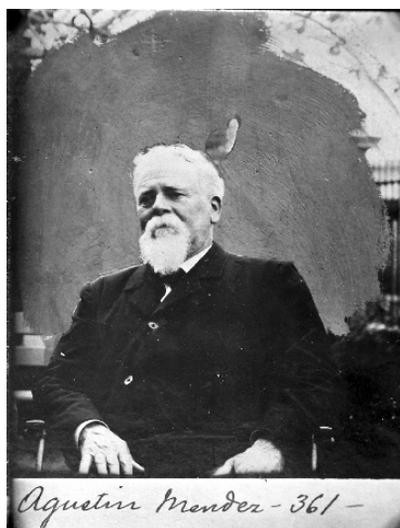


José Antonio Melián

(Buenos Aires, 1784 – Buenos Aires, 1857). Militar. Participó en las Invasiones Inglesas, integrando el escuadrón de los “Húsares de Pueyrredón”. Santiago de Liniers le entregó los cargos de capitán en 1807. Tras la Revolución de Mayo, acompañó a Manuel Belgrano en la campaña del Paraguay. También participó del sitio de Montevideo. Integró el cuerpo de Granaderos a Caballo, peleando en las batallas de Chacabuco y Maipú. Vivió en Chile hasta el año 1849, falleciendo en Buenos Aires ocho años más tarde. Escribió unas Memorias en sus últimos años de vida.



AGUSTÍN MÉNDEZ (Bóveda “Familia de Agustín Méndez”)



Agustín Méndez

(Buenos Aires, 1841 – Buenos Aires, 1909). Empresario. En 1861 fundó en Lobería el almacén El Moro. Posteriormente, en 1868, obtuvo junto con sus hermanos Nicanor y Teófilo la concesión de la instalación del primer tranvía a caballo que la empresa Méndez Hnos. inauguró el 13 de febrero de 1869 y que hacía el recorrido 25 de Mayo-Once. En 1870 se matriculó como martillero, fundando la Bolsa de Comercio “Camoatí”. Cuando la epidemia de fiebre amarilla, puso sus tranvías al servicio de la comunidad. Trabajó en política con Adolfo Alsina. Una vez vendida la empresa tranviaria, el actual Hospital Ramos Mejía fue ampliado con su ayuda y la de sus hermanos, quienes donaron una manzana para su ampliación. Se desvinculó de los negocios en el año 1890, cuando se retiró a su casa quinta de Flores (Caracas entre Bacacay y Bogotá), donde falleció el 9 de agosto de 1909.



DOMINGO MERCANTE (Bóveda “José Domingo Mercante y familia”)



Domingo Mercante

(Buenos Aires, 1898 – Buenos Aires, 1976). Político y militar. En 1919 se graduó en el Colegio Militar. Aliado y colaborador incondicional de Juan D. Perón, asumió en 1946 el cargo de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Fue constituyente en la Convención que reformó la Constitución en 1949. Finalmente se distanció del peronismo, siendo expulsado del Partido Justicialista. Tras el derrocamiento de Perón en 1955, fue perseguido por la Revolución Libertadora, debiendo retirarse del Ejército. Gracias a datos aportados por el investigador Eduardo Hurry, sabemos que en la actualidad la bóveda del Cementerio de Flores funciona como cenotafio ya que sus restos han sido trasladados al Cementerio de La Chacarita.



FRANCISCO SANTOJANNI (Bóveda "F. Santojanni y Señora")

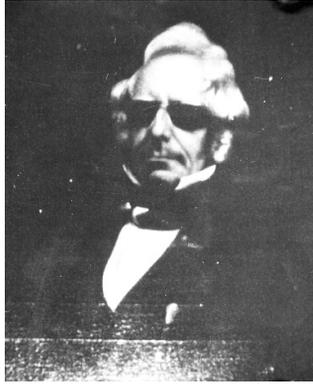


Hospital Santojanni

(Lungro, Italia, 1859 – Chiavari, Italia, 1935). Inmigrante italiano. Se dedicó al trabajo de una quinta de verduras y donó a la Municipalidad de Buenos Aires los terrenos para la construcción de un hospital para mujeres tuberculosas. La edificación del mismo debió hacerse en un plazo récord, ya que si no se cumplía el plazo establecido por Santojanni, la donación pasaba al Hospital Italiano. Se inauguró en 1923 y en 1953 se convirtió en un hospital de hombres, aunque el servicio de cirugía conservó un lugar para las mujeres. Posteriormente y con los avances de la medicina sobre la tuberculosis, pasó a ser Hospital de Agudos, inaugurándose como tal el 10 de abril de 1981.



FAMILIA DE ANTONIO TERRERO (Bóveda "Sepulcro de la familia de don Antonio Terrero")



Juan Nepomuceno Terrero

Juan Nepomuceno Terrero (1791-1865) fue uno de los hacendados más importantes de la Provincia de Buenos Aires en el siglo XIX. Hijo de José Joaquín Terrero y Escalera y María Josefa Villariño y González, era también miembro de una de las familias tradicionales de Buenos Aires. En el año 1815 compartió una sociedad con Luis Dorrego y Juan Manuel de Rosas, a fin de instalar un saladero en la zona de Quilmes. Posteriormente, en 1833 lo nombraron miembro de la Comisión de Inspección y Ejecución del Camino del Oeste (actual Av. Rivadavia) y Juez de Paz del pueblo de San José de Flores. Fue uno de los principales vecinos de dicho pueblo, siendo famosa su quinta de 40 ha., limitada por las avenidas Rivadavia, Donato Álvarez, Gaona y Boyacá. Allí se firmó el Pacto de San José de Flores de 1859. Falleció completamente ciego, dejando una herencia de 60 millones de pesos, que en ese entonces era una de las fortunas más importantes del mundo. Antonio, uno de sus hijos, dirigió hacia 1850 los trabajos de pavimentación del Camino del General Quiroga (actual Av. Rivadavia). Posteriormente, en 1868, propició la creación de la llamada "Sociedad de Caminos de Flores (Rivadavia) y Gaona (Gaona)" de la que fue presidente. También tenía su quinta en el pueblo de San José de Flores, en la actual esquina de Av. Rivadavia y Lautaro. Actualmente yace enterrado en el cementerio de Flores.



PANTEONES

Gran parte de la historia de Flores y sus barrios aledaños se ve reflejada en los panteones de la zona de bóvedas. Sin dudas el más impactante por su tamaño es el llamado "Panteón Naval", obra del arquitecto Jorge Servetti Reeves y construido por la empresa Burdini y Marsilli S.R.L. Allí yacen enterrados, suboficiales y tropa de la Armada y personal civil del antiguo Ministerio de Marina.

También es notable la presencia de muchas órdenes religiosas que han tenido que ver con el crecimiento de esta zona de la ciudad. Por ejemplo no es casual que el panteón de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos sea una réplica del santuario de Nuestra Señora del Rosario de Nueva Pompeya. Su historia, se remonta a fines del siglo XIX, cuando el sacerdote Darío Broggi de la parroquia de San Cristóbal, decidió levantar una pequeña capilla en lo que hoy es Boedo y Chiclana. Este templo fue puesto bajo la advocación de la Virgen del Rosario y se inauguró el 22 de septiembre de 1895. Sin embargo, al año siguiente se determinó su traslado a su actual ubicación (Av. Sáenz y Esquiú) colocándose el 14 de mayo de 1896 su piedra inaugural. Los padres capuchinos italianos llegaron al país el 15 de julio de 1899 con el fin de ayudar a Broggi en la terminación de la iglesia, que fue finalmente bendecida el 29 de junio de 1900. Finalmente se hicieron cargo de la futura parroquia, debiendo enviar el Superior General de la Orden a 15 capuchinos españoles. Fueron ellos quienes impusieron la denominación de Nuestra Señora del Rosario de Nueva Pompeya al templo, en homenaje al santuario existente en Nápoles, donde desde 1876 se veneraba a la Virgen del Rosario.

Otro caso es el de las religiosas Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, que llegadas al país en 1875, se hicieron cargo de la manzana hoy limitada por las calles Directorio, Camacué, Francisco Bilbao y Esteban Bonorino. Allí se encuentra hoy la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, segunda en antigüedad en el barrio de Flores, contigua al colegio del mismo nombre, que es la más antigua casa educativa privada de la zona (data de 1878 y era el Asilo de Misericordia para niñas huérfanas). La primitiva capilla (originalmente llamada Capilla de la Anunciación) fue inaugurada en 1879 y el templo actual, terminado en 1937. La congregación, toda una institución en el barrio de Flores, también posee un panteón en el Cementerio. Lo mismo ocurre con el Instituto del Buen Pastor (sito en Juan F. Aranguren 691), cuyo oratorio, lindero con el convento homónimo, es el más antiguo del barrio de Caballito.

La presencia de las sociedades de inmigrantes en este sector del cementerio también es para destacar. Hasta fines del siglo XIX y durante una buena parte de la historia de Flores, los centros de reunión más importantes habían sido el Teatro y el Club de Flores. Sin embargo, con la llegada de la inmigración europea masiva, comenzaron a surgir este tipo de organizaciones, que de alguna manera fueron reemplazando a los antiguos ámbitos de reunión. La Asociación Española de Socorros Mutuos, que hoy tiene su sede en la calle Pedernera 143, solía organizar importantes fiestas anuales y también sus clásicas romerías del mes de diciembre. Es una institución tradicional del barrio de Flores y fue fundada el 29 de marzo de 1896. Actualmente posee un panteón en el Cementerio, obra del

arquitecto A. Menéndez. Lo mismo ocurre con la Sociedad Italiana “La Providenza” que surgió el 19 de mayo de 1878 como Società Italiana de Mutuo Soccorso ed Istruzione. Luego el 30 de septiembre de 1883, al inaugurar su actual edificio, en la calle Yerbal 2636, cambió su nombre por el de “La Providenza”. Allí funciona también como club social.

Para finalizar, no podemos dejar de mencionar la presencia de la actividad gremial del barrio en este lugar. No deben sorprendernos entonces los panteones del Círculo de Obreros de Flores y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleados. Lo mismo ocurre con los empleados de Obras Sanitarias de la Nación y su panteón, que nos trae el recuerdo del primer servicio de aguas corrientes del barrio de Flores, que ocurriera el 28 de enero de 1902. Originalmente, se contaba con un depósito de 1000 m³ de capacidad a una altura de 17 m. sobre el nivel del suelo. El agua se extraía mediante una bomba a vapor que la sacaba de un pozo semisurgente de 59,37 m. de profundidad. Bomba, tanque, maquinarias, depósitos y oficinas se encontraban en Bacacay 2161 y Granaderos 216-18, donde hoy se levanta el edificio de AySA. Estos datos, que quizás parezcan de poca importancia, son también parte de la historia de Flores, historia que, como decíamos anteriormente, puede palpase en su cementerio, sin dudas uno de los grandes hitos del barrio.



1



2

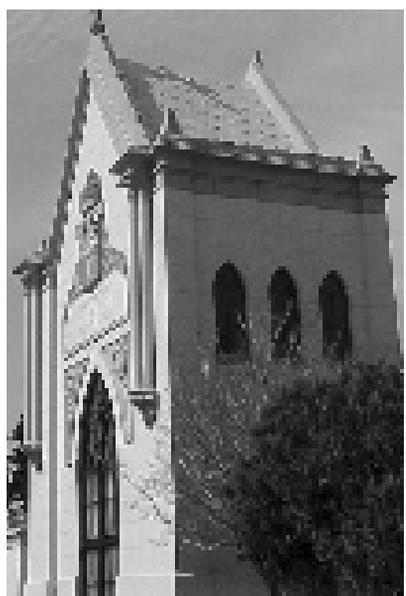
1- Panteón Naval, 2- Hijas de la Misericordia



3



4



5



6

3- Comunidad de Frailes Capuchinos, 4- La Providenza, 5- Asociación Española de Socorros Mutuos, 6- Instituto del Buen Pastor

4.3. Nichos



El Cementerio de Flores alberga a 23.472 nichos para ataúdes (los cuerpos se mantienen allí por 15 años) y 85.488 nichos para restos. De estos últimos hay 6000 que se encuentran en la llamada “antigua galería” (compuesta por dos pasillos), donde yace enterrado el payador Gabino Ezeiza. Los demás, tanto para ataúdes como para restos, están en el Gran Panteón, que se divide en Nivel y Alto.



GRAN PANTEÓN

Construido a fines de la década de 1950, ocupa el lugar de una antigua laguna. Fue construido por la empresa Seminara – Empresa de Construcciones S.R.L. e inaugurado en el año 1958. Está dividido en dos sectores: Gran Panteón Nivel y Gran Panteón Alto. Allí hay espacio para 23.472 nichos para ataúdes (los cuerpos por 15 años) y 79.488 nichos para restos.



GABINO EZEIZA

(Buenos Aires, 1858 – Buenos Aires, 1916). Payador. Nació en el barrio porteño de San Telmo, de origen muy humilde. Desde joven se dedicó a recorrer buena parte de las provincias argentinas y también el Uruguay. Tenía una gran habilidad para improvisar con la guitarra lo que le dio una notable popularidad. Las canciones que componía casi siempre eran estrenadas por él mismo. Ya en el año 1872 se lo conocía como payador y hay quienes dicen que fue el más antiguo en el Río de la Plata.



Son innumerables las historias acerca de Gabino Ezeiza. Su vida está llena de leyendas y de payadas con ribetes de “hazañas”. Tuvo una gran cantidad de payadas famosas, pero una fue realmente célebre, el día que recitó durante tres noches seguidas con Nemesio Trejo. Lo mismo ocurrió en 1891, cuando en el Teatro Florida de la ciudad de Pergamino tuvo un duelo con Pablo J. Vázquez, siendo uno de los jueces de aquella histórica payada, ni más ni menos que Joaquín V. González.

Hacia 1902 se enfrentó con José Bettinotti, quien terminó siendo amigo suyo, en un circo que se encontraba en la calle Venezuela y Maza (barrio de Balvanera). Dos años antes, en 1900 llenó solo un teatro en la ciudad de Dolores (Prov. de Buenos Aires), improvisando durante tres horas y media en base a unas imágenes que se le proyectaban en una pantalla luminosa. Según la leyenda como cada vez las pasaban más rápido, Gabino tuvo que responder con los versos: “No los pasen tan ligero / que no puedo improvisar”.

Casado con una descendiente del Chacho Peñalosa, siempre se caracterizó por su poesía espontánea y fluida, así como también por su temperamento combativo. Llegó a componer más de 500 obras y entre las más conocidas se destacan: Heroica Paysandú, Salve y Libertador. También escribió dos obras de teatro: Lucía Miranda y El Cacique Mandoré. Murió en la extrema pobreza en el barrio de Flores. Hoy yace enterrado en el nicho 5235 de la antigua galería del cementerio.



Gabino Ezeiza en Río Negro a fines del siglo XIX



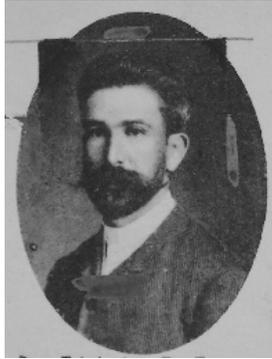
4.4. Sepulturas de tierra



Las sepulturas de tierra se encuentran divididas en 22 secciones (21 y 22 en el “cementerio parque”). Allí hay capacidad para 30.190 cuerpos, que se mantienen en dichas tumbas durante cuatro años, pudiéndose prorrogar este período por razones diversas.



EDELMIRO R. FRANCO



Edelmiro R. Franco

(Buenos Aires, 1854 – Buenos Aires, 1889). Médico y farmacéutico. Nacido en la parroquia de San José de Flores, ingresó a los ocho años de edad en el Seminario Conciliar. En 1868 entró en la Universidad, recibiendo de Médico (1882) y Farmacéutico (1879). En la actual esquina de Rivadavia y Fray Cayetano Rodríguez, instaló la célebre farmacia Franco que lo hizo popular en todo el pueblo. Como médico tuvo una intensa actividad en las zonas más alejadas del Partido, lo que lo llevó a ser conocido como “el médico de los pobres”. Una vez, un padre desesperado le pidió por su hijo, enfermo de difteria y a punto de morir asfixiado. Ante la situación desesperada, Franco arrancó con sus propias manos los corpúsculos que afectaban la respiración del chico, que finalmente salvó su vida. Sin embargo, se contagió la enfermedad, falleciendo el 30 de enero de 1889.

El monumento que hoy se encuentra sobre su sepulcro, en la zona de sepulturas de tierra del cementerio (sección 5, tablón 26/27), pudo construirse gracias a una suscripción popular. Se inauguró en 1902. Es una columna trunca con pedestal y base de mármol. Allí puede leerse la siguiente inscripción: “Al Dr. Franco. Médico abnegado y filántropo dedican este recuerdo sus amigos con el concurso de la Municipalidad de cuya asistencia pública fue el primer médico de esta parroquia”.



5. El fútbol como elemento identitario aún después de la muerte

Es común en los cementerios argentinos que los muertos se sigan manifestando a través de sus familiares y amigos, quienes se encargan de colocar placas conmemorativas, adornos florales o estructuras que son adosados a los monumentos funerarios donde yace el homenajeado. Por eso mismo, no debe resultarnos extraño que las expresiones de adhesión deportiva sean comunes en Flores. Es así como la figura del “hincha” fallecido, aparece entonces manifestando su pertenencia a determinado club de fútbol o institución deportiva.

En Argentina, el fútbol es un ritual nacional, una práctica social que trasciende a la práctica misma del deporte. Integra a un complejo grupo de actores que en su momento funcionó como vehículo integrador en la formación de una “nacionalidad argentina”. Allí se vieron reflejados de manera masiva todos los sectores populares, que tienen una mayor representación en los sectores de tumbas de tierra de los cementerios, dando de alguna manera explicación a este fenómeno.

Vemos entonces, que si bien la muerte no puede ser recuperable en el plano biológico, si lo es en el plano social. Es ahí entonces que surge la recuperación del muerto a través de su pertenencia a un determinado



club de fútbol, dándole un sentido especial que se forma con cada objeto colocado como ofrenda funeraria en la tumba del fallecido¹.



2



3



4



5

1- Boca Juniors, 2- Huracán, 3- Nueva Chicago, 4- Boca Juniors, 5- Racing Club.

1. Cfr. NOEL DULOUT, Luis y SEMPÉ, María Carlota. "El fútbol y su expresión funeraria" en Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte, Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2005, tomo I.

6. Cosmovisión y ritualidad andina

Hace unos 200 años, los celtas celebraban el final de la cosecha y el inicio del invierno con una fiesta a la que daban el nombre de “Samhain”. Este festejo, que se llevaba a cabo todos los primeros días del mes de noviembre, era relacionada con la muerte, como si fuera una especie de momento mágico en el que el mundo de los vivos se conectaba con el de los muertos, posibilitando la aparición de brujas y otros espectros fantasmales en la noche del 31 de octubre. Durante el Imperio Romano, se combinó con otras fiestas romanas como la llamada “Feralia”, que se celebraba el último día del mes de octubre, día en el que se conmemoraba a los muertos.

Con el advenimiento del Cristianismo, este festejo ancestral cobró una nueva forma y con el nombre de “Día de todos los Santos” se convirtió en una fiesta católica implementada para el día 1° de noviembre por el Papa Bonifacio IV. Posteriormente, en 1000 la Iglesia Católica decidió celebrar todos los segundos días de noviembre el “Día de los Fieles Difuntos”. La fiesta siguió sin embargo con las características celtas, que incluían fogatas, desfiles y disfraces con cabezas de animales. Mucho tiempo después en Estados Unidos daría origen al famoso “Halloween”.

Históricamente para los católicos es tradición el visitar los cementerios el día de los muertos y adornar las tumbas con flores. En nuestra ciudad existió una costumbre importante con respecto a esta fiesta. Sin embargo, en el noroeste argentino existen otras tradiciones, relacionadas con la cultura andina. Ocurre que los Incas también celebraban una “fiesta de difuntos” en el mes de noviembre. Era la fiesta que abría la época de las lluvias y además el tiempo en el que se daba de comer a los muertos. Aunque esto ocurría especialmente en la región central del imperio incaico, bien se puede decir que era una práctica tradicional de todos los pobladores del Tawantinsuyu. Posteriormente, con la llegada de los españoles, las costumbres andinas debieron cambiar, manteniéndose la de acompañar a los muertos con banquetes, asimilada con la fiesta católica del “Día de los Fieles Difuntos”.

En la actualidad, la celebración del 2 de noviembre ha decaído de manera notable en la ciudad. Sin embargo, para la colectividad boliviana es primordial y el cementerio de Flores, dónde yacen enterrados muchos de sus miembros, es testigo de ello. La fiesta de los bolivianos empieza dos días antes al 2 de noviembre, celebrando el culto en las casas de las familias.

El 31 de octubre se arman altares en los hogares a fin de “recibir” a los “angelitos” que “bajan” del cielo para quedarse con ellos hasta el mediodía del 1º de noviembre. A la tarde se suelen construir otros altares con mesas, las que cubren con un manto negro y en donde colocan ofrendas, rezan, beben y comen. Al llegar el día 2, levantan todo y se trasladan al cementerio con lo que queda de la comida, la que es compartida luego con el difunto. Aunque esto se da con frecuencia, cabe destacar que es más común durante los tres años posteriores a la muerte de la persona homenajeada.



Día de los muertos en el cementerio de Flores

Parte Quinta:
A modo de epílogo
Flores y su cementerio

PROF. CRISTINA FALCÓN Y DRA. MERCEDES FALCÓN

Estábamos por entrar al Cementerio de Flores, cuando repentinamente se nos apareció un Ángel. Se presentó con una túnica grisácea y las alas empolvadas para anunciarnos, con una dulce sonrisa, que nos acompañaría en la recorrida.

Todo es posible en este barrio tan singular. Alejandro Dolina nos había advertido en sus **Crónicas** que no intentáramos conocerlo, sin antes descubrir la existencia de este mítico personaje alado, custodio de todos los vecinos de la barriada.

Tras reponernos de la profunda emoción que nos causó el encuentro, salimos a caminar con el **Ángel Gris** por las veinticinco manzanas del Cementerio.

Junto a él, conocimos historias, interpretamos símbolos y fuimos testigos de importantes revelaciones acerca del sentido de algunas señales y signos que caracterizan a los que habitaron y habitan este barrio de la Ciudad de Buenos Aires.



Panteón techado

Nuestro recorrido comenzó en las oscuras graderías de nichos del Gran Panteón. En la entrada, el Ángel, nos hizo detener ante un busto de Eva Perón para que escucháramos una suave y triste música. Él la había compuesto con el sonido

de las lágrimas que derramó este pueblo con su muerte, para llamar nuestra atención. La temprana muerte de Evita fue muy dolorosa para sus seguidores;

la llamaban la **Abanderada de los humildes**. Lo curioso es que en todos los cementerios de la Ciudad de Buenos Aires y en muchos del Gran Buenos Aires se la recuerda y se le rinde homenaje aunque ya han pasado, desde su muerte, más de cincuenta años.

Reiniciamos la marcha por el pasillo de la galería y observamos las paredes con nichos que ocultan los ataúdes, en toda la longitud del pabellón. Las aperturas son todas del mismo tamaño, tienen placas y ofrendas sencillas y escuetas. Ninguna desentona, todas conservan un halo de recato. Aquí se encuentran los fallecidos de las familias de medianos recursos económicos que habitan en el Bajo Flores y sus alrededores, a quienes sus referentes culturales les han transmitido la importancia del orden y la moderación. Este Gran Panteón se asemeja a los monoblocks que han construido frente al Cementerio, pues tienen pequeñas ventanas por las que habitualmente nadie se asoma; nada rompe la monotonía de la gris fachada. El panteón y el edificio reflejan, en espejo, una y otra ciudad. De un lado, la de los vivos y del otro, la de los muertos.



Tumbas en tierra

El Ángel gris corretea delante, por esta zona que conoce como la curva de sus alas, mientras nos habla de las virtudes de algunos difuntos. Según se ha enterado, hay asiduos visitantes que están muy enojados porque creen que desde que se entierran

muertos pertenecientes a otras culturas, no se respetan las tradiciones del barrio. Para ilustrar sus dichos, estos deudos, describen los sucesos que consideran groseros:

- 1) que los inmigrantes bolivianos le lleven comida y bebidas a sus seres queridos y adornen su tumba con toda clase de objetos: canastos con alimentos, velas, manojos de flores.
- 2) que pasen muchas horas junto a la tumba de sus familiares fallecidos y que allí jueguen y escuchen música.

Estos inmigrantes bolivianos que vinieron a la Argentina y se instalaron en el barrio son, en su mayoría, operarios de talleres textiles ilegales. Cuando alguno muere, sus familiares y amigos realizan los rituales propios

de la cultura andina. La muerte, para ellos, es un cambio. El que muere abandona su estado físico para continuar su vida en estado espiritual y necesita el apoyo de los que lo conocieron para emprender el largo viaje al más allá. Esta forma de concebir la vida y la muerte explica por qué es importante para los andinos adornar las tumbas y llevar alimentos y bebidas. De ese modo, se reencuentran con los que murieron y fortalecen el contacto y la comunicación con sus antepasados. Algunos vecinos que ignoran esta cosmovisión, han presentado quejas a la Administración del cementerio para pedir que se prohíban estas prácticas.

Continuamos la marcha por los senderos y descubrimos en las lápidas algunos nombres y apellidos de origen coreano. El Ángel nos revela un secreto: esta comunidad de comerciantes y pequeños empresarios asentados en el Bajo Flores que tienen sus muertos en este predio, no acostumbran a poner en evidencia sus prácticas religiosas. Realizan su culto en la intimidad familiar y se mantienen silenciosos y parcos, en los entierros y visitas a las tumbas.

Avanzamos por el tiempo y por el camino. El relato continúa: A comienzos del siglo pasado, los médicos eran muy respetados y reconocidos en esta comunidad. Los sentimientos de admiración y agradecimiento de la gente que concurría a este camposanto han quedado plasmados en este monumento al Dr. Edelmiro Franco, una figura que encarna los ideales que tenían las familias de esta localidad. Como prueba de ello, afirmó nuestro guía, le ofrecieron este homenaje. La estatua está aquí, gracias a la generosa colaboración de pacientes y vecinos.

Nuestra caminata se suspende cuando llegamos a una calle que divide, en dos, el sector destinado a las tumbas en tierra. Durante las horas del día, circulan los autos por la calzada y el cementerio es un espacio integrado al barrio, pero, a las seis de la tarde cuando cierran las puertas del cementerio, la calle queda desierta y ya nadie puede pasar por allí. Por eso de noche, hay dos ciudades separadas, la de los vivos y la de los muertos. Dice el Ángel Gris que, a partir del momento en que el cementerio queda aislado, comienzan a escucharse charlas y risas. Nos comenta que los difuntos se llevan bien, que nunca se quejan. Parece que allí les gusta la paz y son todos iguales.

Antigua Galería de nichos al aire libre

Aprovechamos la sabiduría del Ángel Gris para pedirle que nos revele el misterio de lo que ocurre en este sector. Las habladurías que corren de boca

en boca aseguran que en estos pasillos suelen hacerse payadas. El Ángel sin respondernos, nos lleva al nicho que guarda los restos de Gabino Ezeiza. Allí nos dice que los cuidadores del cementerio los rescataron cuando iban a trasladarlos al Osario General. Se presume, continuó diciendo el Ángel, que en agradecimiento a estos cuidadores, el célebre payador suele invitar a conocidos contrincantes con los que practicó, en vida, el arte de la improvisación. Para completar la historia, nos presentó a un simpático negro, parecido a Gabino, que tomó la guitarra y nos regaló estos versos:

Buenos Aires de mi amor
¡oh, ciudad donde he nacido!
no me arrojes al olvido
yo, que he sido tu cantor.

Con el eco de este adiós nos retiramos los tres, para seguir visitando otros espacios.

Sectores de bóvedas

Nos dirigimos, en primer lugar, a una bóveda que está en un sitio destacado del sector y que pertenece a la familia Flores. En reconocimiento a Juan Diego Flores y su familia que tomaron posesión de estas tierras en 1776, el Municipio donó este mausoleo.

El Ángel rescata de la memoria otra historia que ocurrió en tiempos remotos. En estas extensas llanuras regadas por varios cursos de agua desarrollaban su vida, hombres, mujeres y niños nativos a quienes los conquistadores llamaron indios. Todos ellos fueron aniquilados; algunas versiones indican que por eso el Partido vecino tomó el nombre de La Matanza. Aquellas ejecuciones que dejaron tendidos sobre este suelo a vuestros antepasados también han dejado sembradas sus raíces, concluyó el Ángel.

Retomamos nuestro rumbo para seguir observando las bóvedas. Lo más singular es que muchas de ellas, no tienen ninguna identificación en el frente, y también que hay numerosas construcciones idénticas: son muchas las bóvedas con fachadas gemelas. Esta tendencia a uniformar la estética es el **leitmotiv** de todo el cementerio.

Otra característica que nos hace observar nuestro guía, es el uso de cortinas para ocultar el interior de las bóvedas. El Ángel nos explica que la gente de Flores es muy meticulosa en el cumplimiento de algunas reglas: no llamar la atención, cuidar que lo que pasa dentro de casa no lo sepan

los de afuera. Toda esta formalidad social tan estricta baña de un tono gris esta pequeña ciudad.

Llegamos a un mausoleo que se asemeja a la Bóveda del Tesoro de un banco, propiedad de la familia Guereño. El progreso de los Guereño, con su fábrica de jabón, elevó sus condiciones de vida. Nuestro compañero nos comenta que la fachada del mausoleo alude al éxito económico que permitió a la familia modificar su situación social.

El Ángel nos invita, ahora, a fotografiar los panteones que hay en el sector. Muchos grupos de limitados recursos económicos, expone nuestro guía, se asociaron para solventar un espacio común de sepultura. Inmigrantes españoles e italianos fundaron sociedades de socorros mutuos, también lo hicieron los obreros y empleados de diferentes gremios. Hay otros panteones que pertenecen a distintas órdenes religiosas que han fundado, en este barrio, escuelas e iglesias con la misión de evangelizar y educar a los habitantes de Flores. El catolicismo es el más importante referente espiritual en este camposanto, las numerosas cruces y figuras religiosas así lo demuestran.

Por último, fuimos al panteón de los Suboficiales de la Armada que tiene el aspecto de un templo masónico. Es bien sabido que los marinos, al igual que algunos integrantes de otras Fuerzas Armadas, se han sentido atraídos por la Masonería, quizás porque sea la que actualiza los compromisos y acciones de las Órdenes de Caballería del Medioevo. El título de honor -obtenido a través de varias ceremonias y ritos, por los nobles que prometían defender con las armas al rey, la religión y la patria- forma parte de este atractivo que hemos mencionado. Parece que esa aspiración compartida motivó a los hombres de armas para ingresar en las órdenes masónicas. De ahí, posiblemente, deriva la elección del estilo utilizado en la construcción del panteón.

El recorrido llega a su fin. Nos despedimos del Ángel y salimos pensando que esta delimitada zona de la Ciudad de Buenos Aires refleja un aspecto importante de nuestra forma de construir la cultura. La confluencia de los distintos grupos humanos que se dieron cita en este suelo y los testimonios visibles e invisibles que nos han dejado, ponen en evidencia los profundos valores que dieron y dan un sentido a nuestras vidas. El barrio de Flores, en nuestra visita a su Cementerio, nos entregó su Patrimonio -que también es nuestro- al abrirnos su corazón y su memoria.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y Artículos

- ALFONSÍN, Jorge. Cementerios de disidentes protestantes en la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de Villa Ortúzar, 1996.
- ARMONY, Paul. "Los cementerios de la comunidad judía" en Ediciones Toldot, Buenos Aires, noviembre de 2004, cuaderno n° 6.
- CILIBERTO, Valeria. Aspectos sociodemográficos del crecimiento periurbano. San José de Flores (1815-1869). Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004.
- CONTRERAS, Leonel. Buenos Aires, la ciudad: Breve historia. Buenos Aires, Ediciones Turísticas, 2004.
- CUNIETTI-FERRANDO, Arnaldo. San José de Flores. Buenos Aires, Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1997.
- CUNIETTI-FERRANDO, Arnaldo. San José de Flores: el pueblo y el Partido (1580-1880). Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, 1977.
- CUNIETTI-FERRANDO, Arnaldo. San José de Flores: un pueblo a dos leguas de la ciudad. Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1991.
- CUTOLO, Vicente. Historia de los barrios de Buenos Aires. Buenos Aires, Elche, 1996 (2 tomos).
- CUTOLO, Vicente. Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930). Buenos Aires, Elche, 1968 (7 tomos).
- FALCÓN, Cristina y FALCÓN, Mercedes. "Día de muertos, celebración de la vida" en El espacio cultural de los mitos, ritos, leyendas, celebraciones y devociones, Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2006, tomo I.
- FAVIER-DUBOIS, Eduardo. "Proyección histórica, institucional y urbanística del antiguo Partido de San José de Flores" en Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1987, n° 10, año 6.
- GARASA, Delfín Leocadio. La otra Buenos Aires: paseos literarios por barrios y calles de la ciudad. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1988.
- HERRERA de NOBLE, Ernestina [dir.]. Enciclopedia visual de la Argentina. Buenos Aires, Clarín-AGEA, 2003.
- HURRY, Eduardo Horacio. Aquí se terminan las vanidades del mundo: inventario de los enterratorios de Buenos Aires. Inédito.
- LAFUENTE MACHAIN, Ricardo de. Buenos Aires en el siglo XVIII. Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1980.
- LOJO, María Rosa. Historias ocultas en la Recoleta. Buenos Aires, Aguilar, 2002.
- LÓPEZ MATO, Omar. "Morir en Buenos Aires: entierros, velatorios y cementerios en la vieja ciudad" en Todo es Historia, Buenos Aires, n° 424, noviembre de 2002.
- LUQUI LAGLEYZE, Julio A.. Buenos Aires: sencilla historia. La Trinidad. Buenos Aires, Librerías Turísticas, 1998.
- LUQUI LAGLEYZE, Julio A.. Las Iglesias de la ciudad de la Trinidad. Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1981. Colección "Cuadernos de Buenos Aires", número 57.
- MESSINA, Ignacio. Liniers, contame tu historia... Buenos Aires, Atlántida, 2001.
- MIRANDA, Arnaldo. Relevamiento del Archivo Parroquial de San José de Flores (1806-1824). Buenos Aires, Dunken, 2004.
- MIRANDA, Arnaldo. Villa del Parque: protohistoria de un barrio de Buenos Aires. Buenos Aires, Junta Promotora de Estudios Históricos de los Barrios del Oeste, 1999.
- MUSEO NACIONAL DE ETNOGRAFÍA Y FOLKLORE. Todosantos. Xiwantanakan. La Paz, Museo Nacional de Etnografía y Folklore, 2004.
- NOEL DULOUT, Luis y SEMPÉ, María Carlota. "El fútbol y su expresión funeraria" en Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte, Buenos Aires, Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos

Aires, 2005, tomo I.

NOGUÉS, Germinal. Buenos Aires, ciudad secreta. Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

PEÑA, José María. "El luto, la pompa y los bemoles silenciosos" en Diario íntimo de un país. Buenos Aires, La Nación, 1998.

PRIGNANO, Ángel. El bajo Flores. Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.

RAUSCHER, Carlota. "El primer cementerio de disidentes. Buenos Aires 1821-1833" en Historias de la ciudad, Buenos Aires, mayo de 2004, n° 9.

TOKER, Eliahu y WEINSTEIN, Ana E.. Sitios de la memoria: protagonistas y forjadores de la comunidad judía argentina. Buenos Aires, AMIA, 2005

Páginas web

"Fiesta de los Fieles Difuntos" en www.saiweb.org

"Historia y costumbres (parte I) en www.scotlandinargentina.com.ar

www.santojanni.org.ar

Agradecimientos:

Ángel Prignano (Junta de Estudios Históricos de San José de Flores), Arnaldo

Miranda (Junta de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires), Personal del Cementerio de Flores

Fotos antiguas:

Archivo General de la Nación, salvo las siguientes excepciones:

- Fotos de postales de cementerios: colección Edgardo Rocca.

- Foto del Cementerio de Liniers: TOHER, Eliahu y WEINSTEIN, Ana E.. Sitios de la memoria: protagonistas y forjadores de la comunidad judía argentina. Buenos Aires, AMIA, 2005

- Foto de Juan F. Aranguren: CUNIETTI-FERRANDO, Arnaldo. San José de Flores.

Buenos Aires, Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1997.

- Foto de Antonio Cambiasso: gentileza de Arnaldo Miranda

- Firma de Martín Farías: CUNIETTI-FERRANDO, Arnaldo. San José de Flores: el pueblo y el Partido (1580-1880). Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, 1977.

- Fotos de la Fábrica de Juan Guereño y del Hospital Santojanni: MESSINA, Ignacio. Liniers, contame tu historia..... Buenos Aires, Atlántida, 2001

